Las pequeñas virtudes

Natalia Ginzburg

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid

Título original: *Le piccole virtú*
© Giulio Einaudi editore, S. A., Turín, 4.ª ed. 1964.
Traductor: Jesús López Pacheco

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1966
Mártires Concepcionistas, 11. X 256 5957
Depósito legal: M. 5.075-1966
Núm. del Registro: 1408-66
Cubierta: Daniel Gil
Impreso en España por Ediciones Castilla, S. A.
Maestro Alonso, 21, Madrid

ADVERTENCIA

Este archivo es una copia de seguridad, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **debes saber** que **no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente…

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

y la siguiente…

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

Advertencia

Los ensayos que aquí reúno han aparecido en diversos periódicos y revistas. Doy las gracias a estos periódicos y revistas por haberme permitido reimprimirlos.

Fueron escritos en los años y lugares siguientes:

Invierno en Abruzos: escrito en Roma en el otoño de 1944 y publicado en «Aretusa»;

Los zapatos rotos: escrito en Roma en el otoño de 1945 y publicado en «Politécnico»;

Retrato de un amigo: escrito en Roma en 1957 y aparecido en «Radiocorriere»;

Alabanza y menosprecio de Inglaterra: escrito en Londres en la primavera de 1961 y publicado en «Mondo»;

La Maison Volpé: escrito en Londres en la primavera de 1960 y publicado en «Mondo»;

Él y yo: escrito en Roma en el verano de 1962 y, creo, inédito todavía;

El hijo del hombre: escrito en Turín en 1946 y publicado en «Unità»;

Mi oficio: escrito en Turín en el otoño de 1949 y publicado en «Il Ponte»;

Silencio: escrito en Turín en 1951 y publicado en «Cultura e Realtà»;

Las relaciones humanas: escrito en Roma en la primavera de 1953 y publicado en «Terza generazione»;

Las pequeñas virtudes: escrito en Londres en la primavera de 1960 y publicado en «Nuovi Argomenti».

Las fechas son importantes e indicativas, pues explican los cambios de estilo. No he hecho correcciones en casi ninguno de estos escritos, ya que soy incapaz de corregir una obra mía, a no ser en el preciso momento en que la estoy escribiendo; cuando pasa tiempo, ya no puedo corregir. Por ello este libro quizá no tiene mucha uniformidad de estilo, de lo que me excuso.

Dedico este libro a un amigo mío, cuyo nombre callo. No está presente en ninguno de estos escritos, y, sin embargo, en la mayoría de ellos ha sido mi secreto interlocutor. Muchos de estos ensayos no los habría escrito si no hubiera hablado con él algunas veces. Ha dado legitimidad y libertad de expresión a ciertas cosas que yo había pensado.

Le expreso aquí mi afecto y el testimonio de mi gran amistad, que ha pasado, como toda verdadera amistad, a través del fuego de las más violentas discordias.

Natalia Ginzburg
Roma octubre, 1962

Primera parte

Invierno en Abruzos

Deus nobis haec otia fecit.

En Abruzos hay sólo dos estaciones: el verano y el invierno. La primavera es nevosa y ventosa como el invierno, y el otoño es caliente y límpido como el verano. El verano empieza en junio y termina en noviembre. Se van las largas jornadas de sol sobre las colinas bajas y quemadas, el polvo amarillo de la carretera y la disentería de los niños, y comienza el invierno. La gente, entonces, deja de vivir en las calles, desaparecen de las escalinatas de la iglesia los niños descalzos. En el pueblo del que hablo, casi todos los hombres se marchaban tras las últimas cosechas: se iban a trabajar a Terni, a Sulmona, a Roma. Era un pueblo de albañiles: algunas casas estaban construidas con gracia, tenían terrazas y columnitas como pequeñas villas, y sorprendía encontrar en ellas, al entrar, grandes cocinas oscuras con los jamones colgados y amplias alcobas pálidas y vacías. En las cocinas, el fuego estaba encendido, pero había varias clases de fuegos: grandes fuegos con leños de encina; fuegos de ramas y hojas; y fuegos de gamonitos recogidos uno a uno del suelo. Era fácil distinguir a los pobres y a los ricos mirando el fuego que encendían; más fácil que mirando las casas y a la gente, sus ropas y zapatos, que eran más o menos iguales todos.

Cuando llegué al pueblo del que hablo, al principio las caras me parecían iguales, todas las mujeres se parecían, ricas y pobres, jóvenes y viejas. Casi todas tenían la boca desdentada: allí las mujeres pierden los dientes a los treinta años a causa de las fatigas y la mala alimentación, del desgaste de los partos y de las lactancias, que se suceden sin tregua. Pero, poco a poco, comencé a

distinguir a Vincenzina de Secondina, a Annunziata de Addolorata, y comencé a entrar en todas las casas para calentarme con aquellos fuegos diversos.

Cuando empezaba a caer la primera nieve, una lenta tristeza se apoderaba de nosotros. Nos sentíamos como exiliados: nuestra ciudad estaba lejos, y lejos, los libros, los amigos, las vicisitudes varias y cambiantes de una verdadera existencia. Encendíamos nuestra estufa verde, con su largo tubo que atravesaba el techo, y nos reuníamos todos en la habitación de la estufa, y allí se cocinaba y se comía, mi marido escribía sobre la gran mesa oval, los niños esparcían juguetes por el pavimento. En el techo de la habitación había pintada un águila: yo miraba el águila y pensaba que aquello era el exilio. El exilio era el águila, era la estufa verde que zumbaba, era el vasto y silencioso campo y la nieve inmóvil. A las nueve tocaban las campanas de la iglesia de Santa María, y las mujeres acudían para la bendición, con sus chales negros y la cara roja. Todas las noches mi marido y yo nos dábamos un paseo: todas las noches caminábamos del brazo, hundiendo los pies en la nieve. Las casas que bordeaban la carretera estaban habitadas por gente conocida y amiga, y todos salían a la puerta y nos decían: «¡Vayan con Dios!» A veces, alguno preguntaba: «Pero ¿cuándo vuelven a su casa?» Mi marido decía: «Cuando termine la guerra». «¿Y cuándo terminará esta guerra? Usted que sabe tanto y que es profesor, ¿cuándo terminará?»

A mi marido le llamaban «el profesor», pues no sabían pronunciar su nombre, y venían desde lejos para consultarle las cosas más diversas, sobre cuál era la mejor época para sacarse las muelas, sobre los subsidios que concedía el municipio y sobre las tasas e impuestos.

En invierno, nos dejaba algún viejo a causa de una pulmonía, las campanas de Santa María tocaban a muerto, y Domenico Orecchia, el carpintero, fabricaba la caja. Una mujer enloqueció, se la llevaron al manicomio de Collemaggio, y el pueblo tuvo de qué hablar por un tiempo. Era una mujer joven y limpia, la más limpia de todo el pueblo: dijeron que le había pasado por tanta limpieza. A Gigetto di Calcedonio le nacieron dos gemelas, con dos gemelos varones que tenía ya en casa, y armó un escándalo en el ayuntamiento porque no querían darle el subsidio, dado que tenía muchas tierras y un huerto tan grande como siete ciudades. A Rosa, la portera de la escuela, una vecina le escupió en un ojo, y se paseaba por todas partes con el ojo vendado para que le pagaran una indemnización. «El ojo está delicado: el escupitajo es salado», explicaba. Y también de esto se habló algún tiempo, hasta que no quedó nada por decir.

La nostalgia aumentaba en nosotros día a día. A veces era hasta agradable, como una compañía dulce y levemente embriagadora. Llegaban cartas de nuestra ciudad, con noticias de bodas y de muertes, de las que estábamos excluidos. En ocasiones, la nostalgia se hacía intensa y amarga, y se convertía en odio: odiábamos entonces a Domenico Orecchia, a Gigetto di Calcedonio, a

Annunziatina, las campanas de Santa María. Pero era un odio que manteníamos oculto, reconociéndolo injusto: y nuestra casa estaba siempre llena de gente que venían a pedir favores o a ofrecérnoslos. De vez en cuando la costurera venía para hacernos rosquillas. Se ataba un delantal a la cintura y batía los huevos, y mandaba a Crocetta por el pueblo a ver quién nos podía prestar una sartén bien grande. Su cara enrojecida estaba absorta y sus ojos brillaban de una voluntad imperiosa. Habría quemado la casa para que sus rosquillas salieran bien. Sus ropas y su pelo se volvían blancos de harina, y las rosquillas iban siendo colocadas en la mesa oval donde mi marido escribía.

Crocetta era nuestra criada. No era todavía una mujer, pues sólo tenía catorce años. Nos la había encontrado la costurera, que dividía el mundo en dos bandos: los que se peinan y los que no se peinan. De los que no se peinan había que guardarse, porque, naturalmente, tienen piojos. Crocetta se peinaba, y por eso vino a servir a nuestra casa y le contaba a los niños largas historias de muertos y de cementerios. Había una vez un niño al que se le murió la madre. Su padre se buscó otra mujer y la madrastra no quería al niño. Por eso le mató mientras el padre estaba en el campo, e hizo un guisado con él. Vuelve a casa el padre y come, pero cuando acaba de comer los huesos que quedan en el plato empiezan a cantar:

E la mia trista matrea
mi ci ha cotto in caldarea
e lo mio padre ghiotto
mi ci ha fatto 'nu bravo boccò [1]

El padre entonces mata a la mujer con la hoz y la cuelga de un clavo ante la puerta. A veces me sorprendo susurrando los versos de esta canción, y todo el país surge entonces ante mí junto con el especial sabor de aquellas temporadas, junto con el soplo helado del viento y el sonido de las campanas.

Todas las mañanas salía con mis niños, y la gente se extrañaba y desaprobaba que les expusiera al frío y a la nieve. «¿Qué pecado han cometido esas criaturas?», decían. «No es tiempo de pasear, señora. Vuélvase a casa.» Caminábamos largamente por el campo blanco y desierto, y las pocas personas que encontraba miraban a los niños con compasión. «¿Qué pecado han cometido?», me decían. Allí, si nace un niño en invierno, no le sacan de la habitación hasta que no llega el verano. A mediodía, mi marido me iba a buscar con el correo, y regresábamos todos juntos a casa.

1 «Y mi malvada madrastra / me ha cocido en el puchero, / y mi padre me comió, / buen bocado me creyó.»

Yo les hablaba a los niños de nuestra ciudad. Cuando la dejamos eran muy pequeños y no les quedaba ningún recuerdo de ella. Les decía que allí las casas tenían muchos pisos, que había muchas casas y muchas calles y muchas tiendas bonitas. «Pero también aquí está Girò», decían los niños.

La tienda de Girò estaba justo ante nuestra casa. Girò estaba siempre en la puerta como un viejo búho, y sus ojos redondos e indiferentes miraban la calle. Vendía un poco de todo: géneros de alimentación y velas, tarjetas postales, zapatos y naranjas. Cuando llegaba la mercancía y Girò descargaba las cajas, los niños iban corriendo a comerse las naranjas estropeadas que tiraba. En Navidad le llegaba también turrón, licores, caramelos. Pero él no rebajaba un céntimo del precio. «¡Qué malo eres, Girò!», le decían las mujeres. Él respondía: «Al que es bueno se lo comen los perros». En Navidad volvían los hombres de Terni, de Sulmona, de Roma, permanecían unos días y de nuevo partían tras haber degollado a los cerdos. Durante algunos días no se comía sino salchichas y no se paraba de beber; luego, los gritos de los nuevos cochinillos llenaban la calle.

En febrero, el aire se hacía húmedo y suave. Nubes grises y cargadas vagaban por el cielo. Un año, durante el deshielo, se rompieron los canalones. Comenzó a llover en casa y las habitaciones eran verdaderos pantanos. Pero pasó lo mismo en todo el pueblo: ni una sola casa quedó seca. Las mujeres vaciaban los cubos por las ventanas y barrían el agua de la puerta. Había quien se iba a la cama con el paraguas abierto. Domenico Orecchia decía que era el castigo por algún pecado. Esto duró más de una semana; luego, desapareció por fin toda huella de nieve de los tejados, y Aristide arregló los canalones.

El final del invierno despertaba en nosotros una especie de inquietud. Quizá vendría alguien a buscarnos, quizá iba a ocurrir por fin algo. Nuestro exilio tenía que acabar alguna vez. Los caminos que nos separaban del mundo parecían más cortos: el correo llegaba más a menudo. Nuestros sabañones se iban curando lentamente.

Hay una cierta monótona uniformidad en los destinos de los hombres. Nuestras existencias se desarrollan según leyes viejas e inmutables, según una cadencia propia uniforme y vieja. Los sueños no se realizan jamás, y apenas los vemos rotos, comprendemos de pronto que las mayores alegrías de nuestra vida están fuera de la realidad. Apenas los vemos rotos, nos oprime la nostalgia por el tiempo en que bullían dentro de nosotros. Nuestra suerte transcurre en este alternarse de esperanzas y nostalgias.

Mi marido murió en Roma en las cárceles de Regina Coeli, pocos meses después de que dejáramos el pueblo. Ante el horror de su muerte solitaria, ante las angustiosas alternativas que precedieron a su muerte, yo me pregunto si todo esto nos ha ocurrido a nosotros, a los mismos que compraban naranjas en la tienda de Girò y se paseaban por la nieve. Entonces yo tenía fe en un porvenir fácil y alegre, lleno de deseos satisfechos, de experiencias y de comunes

empeños. Pero aquella fue la mejor época de mi vida, y sólo ahora que ha huido para siempre, sólo ahora, lo sé.

Los zapatos rotos

Yo llevo rotos los zapatos y la amiga con la que vivo en este momento también lleva rotos los zapatos. Si le hablo del tiempo en que yo seré una vieja escritora famosa, ella inmediatamente me pregunta: «¿Qué zapatos llevarás?» Entonces yo le digo que llevaré zapatos de gamuza verde, con una gran hebilla de oro a un lado.

Yo pertenezco a una familia en la que todos llevan zapatos buenos y nuevos. Mi madre, incluso, tuvo que encargar que le hicieran un armarito especial para guardar los zapatos: tantos eran los que tenía. Cuando vuelvo con ellos, lanzan gritos de indignación y de dolor a la vista de mis zapatos.

Pero yo sé que también con los zapatos rotos se puede vivir. En el período alemán me encontraba aquí, en Roma, sola, y no tenía más que un par de zapatos. Si se los hubiera enviado al zapatero, me habría tenido que quedar dos o tres días en la cama, cosa que no me era posible. Por tanto, seguí llevándolos y, para colmo, llovió: notaba cómo se iban deshaciendo lentamente, cómo se volvían blandos e informes, y sentía el frío del empedrado en las plantas de los pies. Es por eso por lo que también ahora llevo siempre los zapatos rotos: me acuerdo de aquellos y no me parecen ya tan rotos por comparación, y cuando tengo dinero prefiero gastarlo en otra cosa, porque los zapatos no son ya para mí algo esencial. Fui mimada al principio por la vida, siempre rodeada de un afecto tierno y vigilante, pero aquel año en Roma estuve sola por primera vez, y por eso Roma me es tan querida, aunque está cargada de historia para mí, cargada de recuerdos angustiosos y de algunas pocas horas dulces. También mi amiga lleva los zapatos rotos, y por eso nos sentimos a gusto juntas. Mi amiga no tiene a nadie que le reproche los zapatos que lleva; sólo tiene un hermano

que vive en el campo y que se pasea con botas de cazador. Ella y yo sabemos lo que pasa cuando llueve y las piernas están desnudas y mojadas, y en los zapatos entra el agua, y se produce ese pequeño rumor a cada paso, esa especie de chapoteo.

Mi amiga tiene una cara pálida y viril, y fuma en una boquilla negra. Cuando la vi por primera vez, sentada a una mesa, con sus gafas de montura de tortuga y su rostro misterioso y desdeñoso, con su boquilla negra entre los dientes, pensé que parecía un general chino. Entonces no sabía que llevaba los zapatos rotos. Lo supe más tarde.

Nos conocemos sólo desde hace unos meses, pero es como si nos conociéramos desde hace muchos años. Mi amiga no tiene hijos; yo, por el contrario, sí los tengo, y esto es extraño para ella. Jamás los ha visto sino en fotografías, pues viven en provincias con mi madre, y también el que ella no haya visto jamás a mis hijos resulta extrañísimo entre nosotras. En cierto sentido, ella no tiene problemas, puede ceder a la tentación de mandarlo todo a freír espárragos; yo no puedo. Así pues, mis hijos viven con mi madre, y hasta ahora no llevan los zapatos rotos. Pero ¿cómo serán de hombres? Quiero decir: ¿qué zapatos llevarán de hombres? ¿Qué camino elegirán para sus pasos? ¿Decidirán excluir de sus deseos todo lo que es agradable pero no necesario, o afirmarán que todas las cosas son necesarias y que el hombre tiene derecho a llevar los pies dentro de zapatos buenos y nuevos?

Mi amiga y yo hablamos largamente de esto, y de cómo será el mundo entonces, cuando yo sea una vieja escritora famosa y ella vaya por el mundo con su mochila a la espalda, como un viejo general chino, y mis hijos vayan por su camino, con los zapatos nuevos y buenos y el paso firme de quien no renuncia, o con los zapatos rotos y el paso largo e indolente de quien sabe lo que no es necesario.

A veces combinamos matrimonios entre mis hijos y los hijos de su hermano, el que se pasea por el campo con botas de cazador. Hablamos de estas cosas hasta muy entrada la noche y bebemos té negro y amargo. Tenemos un colchón y una cama, y cada noche echamos a cara o cruz para ver cuál de las dos dormirá en la cama. Por la mañana, al levantarnos, nuestros zapatos rotos nos esperan sobre la alfombra.

Mi amiga dice a veces que está harta de trabajar y que le gustaría mandarlo todo a freír espárragos. Quisiera encerrarse en una taberna para beberse todos sus ahorros, o bien meterse en la cama y no volver a pensar en nada y dejar que vengan a cortarle el gas y la luz, dejar que todo se vaya a la deriva poco a poco. Dice que lo hará cuando yo me marche. Porque nuestra vida en común durará poco: yo me marcharé pronto y volveré a casa de mi madre, con mis hijos, una casa en la que no me estará permitido llevar los zapatos rotos. Mi madre me cuidará, me impedirá usar alfileres en vez de botones y escribir hasta las tantas

de la noche. Y yo, a mi vez, cuidaré a mis hijos, venciendo la tentación de mandarlo todo a freír espárragos. Volveré a ser grave y maternal, como siempre me ocurre cuando estoy con ellos, una persona distinta de esta de ahora, una persona a la que mi amiga no conoce en absoluto.

Miraré el reloj y tendré en cuenta la hora, estaré vigilante y atenta en todas las cosas, y me preocuparé de que mis hijos tengan los pies siempre secos y calientes, porque sé que así debe ser si se puede, al menos en la infancia. Más aún, acaso, para aprender luego a andar con los zapatos rotos, es conveniente llevar los pies secos y calientes cuando se es niño.

Retrato de un amigo

La ciudad que amaba nuestro amigo sigue igual; ha habido algún cambio, pero es poca cosa: han puesto trolebuses, han hecho algunos pasos subterráneos. No hay cines nuevos. Los antiguos siguen igual, con los mismos nombres, nombres que, al decirlos, despiertan en nosotros la juventud y la infancia. Nosotros vivimos ahora en otro sitio, en otra ciudad completamente distinta, más grande; y cuando nos encontramos y hablamos de nuestra ciudad, hablamos de ella sin pena por haberla dejado y decimos que ya no podríamos vivir en ella. Pero cuando volvemos a nuestra ciudad, nos basta atravesar el atrio de la estación y caminar en la niebla por los paseos para sentirnos como en nuestra casa; y la tristeza que nos inspira la ciudad cada vez que volvemos a ella está en este sentimiento nuestro de encontrarnos en casa y de comprender, a la vez, que ya no tenemos razones para estar en nuestra casa; porque aquí, en nuestra casa, en nuestra ciudad, en la ciudad donde hemos pasado la juventud, nos quedan ya pocas cosas vivas y nos recibe una multitud de memorias y de sombras.

Nuestra ciudad, por lo demás, es melancólica por naturaleza. En las mañanas de invierno tiene un característico olor a estación y hollín difundido por todas las calles y todos los paseos; si llegamos por la mañana, la encontramos gris de niebla, y envuelta en ese olor tan suyo. Se filtra a veces, por entre la niebla, un sol débil que tiñe de rosa y de lila los montones de nieve, las ramas deshojadas de las plantas; la nieve, en calles y paseos, ha sido paleada y recogida en pequeños montones, pero los jardines públicos están todavía cubiertos por una densa capa intacta y blanda de un dedo de alta en los bancos abandonados y en los bordes de las fuentes; el reloj del picadero está parado

desde tiempo inmemorial en las once menos cuarto. Al otro lado del río se eleva la colina, también ella blanca de nieve, pero salpicada aquí y allá de una maleza rojiza; y en lo alto de la colina destaca un edificio color naranja, de forma circular, que fue en tiempos la Opera Nazionale Balilla. Si hay un poco de sol y resplandece la cúpula de vidrio del Salón del Automóvil, y el río corre con reflejos verdes bajo los grandes puentes de piedra, la ciudad puede llegar a parecer, por un instante, riente y acogedora; pero es una impresión fugaz. La naturaleza esencial de la ciudad es la melancolía: el río, perdiéndose a lo lejos, se evapora en un horizonte de nieblas violáceas que hacen pensar en el ocaso incluso a mediodía; y en algún punto se respira ese mismo olor oscuro y laborioso del hollín y se oye un pitido de tren.

Nuestra ciudad se parece —nos damos cuenta ahora— al amigo que perdimos y que la quería tanto; es, como él era, laboriosa, ceñuda en su actividad febril, y terca; y, al mismo tiempo, es perezosa, siempre dispuesta al ocio y al sueño. En la ciudad que se le parece sentimos revivir a nuestro amigo vayamos donde vayamos; a cada esquina, a cada vuelta, nos parece que de pronto puede aparecer su alta figura con abrigo oscuro, la cara hundida entre las solapas, y el sombrero calado sobre los ojos. El amigo medía la ciudad con su largo paso, terco y solitario; se recogía en los cafés más apartados y llenos de humo, se quitaba ágilmente el abrigo y el sombrero, dejándose, sin embargo, en torno al cuello su horrible bufanda clara; se enredaba en sus dedos los largos mechones de sus cabellos castaños, y luego se despeinaba de improviso con movimiento brusco. Llenaba hojas y hojas con su caligrafía ancha y rápida, tachando furiosamente; y celebraba, en sus versos, la ciudad:

Questo è il giorno che salogno le neblie
[dal fiume
Nella bella città, in mezzo a prati e colline,
E la sfumano come un ricordo...[2]

Sus versos resuenan en nuestro oído cuando volvemos a la ciudad o cuando pensamos en ella; y ya no sabemos ni siquiera sin son versos bellos: hasta tal punto forman parte de nosotros, hasta tal punto reflejan para nosotros la imagen de nuestra juventud, de los días ya lejanísimos en que los escuchamos de la viva voz de nuestro amigo por primera vez; y descubrimos, con profundo estupor, que hasta de nuestra gris, pesada e impoética ciudad se podía hacer poesía.

2 «Este es el día en que suben las nieblas del río / a la bella ciudad, entre prados y colinas, / difuminándola como un recuerdo...».

Nuestro amigo vivía en la ciudad como un adolescente; y así vivió hasta el final. Sus jornadas eran, como las de los adolescentes, larguísimas y llenas de tiempo: sabía encontrar tiempo para estudiar y para escribir, para ganarse la vida y para vagar por las calles que amaba; y nosotros, que nos afanábamos, combatidos entre la pereza y la actividad, perdíamos las horas en la incertidumbre de decidir si éramos perezosos o activos. Durante muchos años no quiso someterse a un horario de oficina, aceptar una profesión definida, pero cuando consintió en sentarse ante una mesa de oficina, se transformó en un empleado meticuloso y en un trabajador infatigable, y aún se reservaba un amplio margen de ocio; hacía sus comidas a toda velocidad, comiendo poco, y no dormía nunca.

En ocasiones estaba muy triste; pero nosotros pensamos, durante mucho tiempo, que se curaría de esta tristeza, cuando se decidiera a hacerse adulto: porque la suya nos parecía una tristeza como de muchacho, la melancolía voluptuosa y distraída del muchacho que aún no pisa la tierra y se mueve en el mundo árido y solitario de los sueños. A veces, de noche, venía a vernos; se sentaba, pálido, con su bufanda al cuello, y se retorcía los cabellos o arrugaba una hoja de papel; no pronunciaba en toda la velada una sola palabra; no respondía a ninguna de nuestras preguntas. Al fin, de pronto, cogía el abrigo y se marchaba. Humillados, nos preguntábamos si nuestra compañía le había desilusionado, si había tratado de tranquilizarse a nuestro lado sin conseguirlo, o si, por el contrario, se había propuesto sencillamente pasar una velada en silencio bajo una lámpara que no fuese la suya.

Conversar con él, por otra parte, no era fácil, ni siquiera cuando se mostraba alegre; pero un encuentro con él, incluso compuesto de raras palabras, podía ser tónico y estimulante como ningún otro. En su compañía nos volvíamos mucho más inteligentes; nos sentíamos empujados a poner en nuestras palabras cuanto de mejor y más serio había en nosotros; apartábamos los lugares comunes, los pensamientos imprecisos, las incoherencias.

Junto a él, a menudo nos sentíamos humillados, porque no sabíamos ser, como él, sobrios, ni modestos, ni generosos y desinteresados. Siendo sus amigos, nos trataba con maneras rudas, y no nos perdonaba ninguno de nuestros defectos; pero si teníamos algún sufrimiento o estábamos enfermos, se mostraba de pronto solícito como una madre. Se negaba por principio a conocer a gente nueva; pero podía ocurrir que, de repente, con una persona impensada a la que nunca había visto hasta entonces, una persona incluso vagamente despreciable, él se mostrase expansivo y afectuoso, pródigo en citas y proyectos. Si le hacíamos observar que aquella persona era, por muchos aspectos, antipática o despreciable, él decía que lo sabía perfectamente, pues le gustaba saberlo siempre todo, jamás nos concedía la satisfacción de contarle algo nuevo; pero no explicaba, ni lo hemos sabido jamás, cuál era el motivo por el que

trataba a aquella persona con tanta confianza mientras que le negaba su cordialidad a otra gente que se la merecía más. A veces le entraba curiosidad por alguna persona que él pensaba procedía de un mundo elegante, y la empezaba a tratar: acaso pensaba aprovecharla para sus novelas; pero al juzgar el refinamiento social o de costumbres, se equivocaba y tomaba por cristal los fondos de botella; en esto era, pero sólo en esto, muy ingenuo. Se equivocaba sobre el refinamiento de costumbres; pero en cuanto al refinamiento de espíritu o de cultura, no se dejaba engañar.

Tenía un modo avaro y cauto de dar la mano al saludar: conceder unos cuantos dedos y retirarlos en seguida; tenía un modo huraño y parsimonioso de sacar el tabaco de la bolsa y de llenar la pipa; y tenía un modo brusco y súbito de darnos dinero cuando sabía que lo necesitábamos, un modo tan brusco y súbito, que nos quedábamos aturdidos; decía que era avaro del dinero que poseía y que le dolía separarse de él; pero en cuanto lo había soltado, dejaba de importarle. Si estábamos lejos de él, no nos escribía, ni respondía a nuestras cartas, o respondía con unas pocas frases cortadas y frías; porque, decía, no era capaz de querer a los amigos cuando estaban lejos, no quería sufrir su ausencia, y enseguida los borraba de su pensamiento.

No tuvo jamás una esposa, ni hijos, ni casa propia. Vivía en casa de una hermana casada, que le quería y a la que también él quería; pero también con su familia tenía sus típicos modales rudos, y se comportaba como un muchacho o un forastero. Venía a veces a nuestras casas, y miraba con ceño fruncido y bonachón a los hijos que nos iban naciendo, las familias que nos íbamos creando; también él pensaba en formar una familia, pero lo pensaba de una forma que, con los años, se iba haciendo cada vez más complicada y tortuosa; tan tortuosa, que en ella no podía germinar ninguna sencilla conclusión. Con los años se había creado un sistema de pensamientos y de principios tan enredado e inexorable, que le impedía realizar las cosas más simples, y cuanto más prohibida e imposible se hacía la cosa simple, tanto más profundo se hacía en él el deseo de conquistarla, enredándose y ramificándose como una vegetación tortuosa y sofocante. A veces estaba tan triste que nosotros queríamos acudir en su ayuda; pero no nos permitió jamás una palabra compasiva, un gesto de consuelo, más aún, ocurrió que nosotros, imitando sus maneras, llegamos a rechazar en la hora de nuestro desconsuelo su misericordia. No fue para nosotros un maestro, aun habiéndonos enseñado tantas cosas, pues veíamos perfectamente las absurdas y tortuosas complicaciones de pensamiento en que aprisionaba su alma sencilla; y nosotros habríamos querido enseñarle también algunas cosas, enseñarle a vivir de un modo más elemental y respirable, pero no logramos enseñarle nada, pues cuando intentábamos exponerle nuestras razones alzaba una mano y decía que él lo sabía ya todo.

En los últimos años tenía un rostro arrugado y enflaquecido, devastado por los atormentados pensamientos; pero, en la figura, conservó hasta el final la gentileza de un adolescente. En los últimos años llegó a ser un escritor famoso, pero esto no cambió en nada sus costumbres esquivas ni la modestia de sus actitudes, ni la humildad, consciente hasta el escrúpulo, de su trabajo de cada día. Cuando le preguntábamos si le gustaba ser famoso, respondía con una sonrisa soberbia, que siempre se lo había esperado: tenía a veces una sonrisa astuta y soberbia, infantil y malévola, que relampagueaba y desaparecía. Pero aquello de que siempre se lo había esperado significaba que lo que había logrado no le proporcionaba ninguna alegría, pues era incapaz de gozar de las cosas y amarlas apenas las poseía. Decía que conocía su arte tan a fondo que no le ofrecía ningún secreto; y, puesto que no le ofrecía ya ningún secreto, no le interesaba. Nosotros mismos, sus amigos, decía que no teníamos ya secretos para él y que le aburríamos infinitamente; y nosotros, mortificados de aburrirle, no lográbamos decirle que veíamos perfectamente dónde se equivocaba: en su resistencia a doblegarse, amándolo, al curso cotidiano de la existencia, que avanza uniforme y aparentemente sin secretos. Así, pues, le faltaba por conquistar la realidad cotidiana, pero le estaba prohibida y era inasible para él, que ante ella sentía a un tiempo sed y repugnancia; por tanto, no podía sino mirarla como desde lejanías sin confines.

Murió en verano. Nuestra ciudad, en verano, está desierta y parece muy grande, clara y sonora como una plaza; el cielo es limpio pero no luminoso, de una palidez lechosa; el río fluye liso como una carretera, sin emanar humedad ni frescor. De los paseos se alzan nubes de polvo; pasan, procedentes del río, grandes carros cargados de arena; el asfalto de la avenida está todo sembrado de piedrecillas que se cuecen en el alquitrán. Al aire libre, bajo los quitasoles a franjas, las mesitas de los cafés están abandonadas al calor.

No estaba ninguno de nosotros. Para morir eligió un día cualquiera de aquel tórrido agosto; y eligió la habitación de un hotel de los alrededores de la estación, pues quería morir, en la ciudad que le pertenecía, como un forastero. Había imaginado su muerte en una vieja poesía, muchos años antes:

Non sarà necessario lasciare il letto.
Solo l'alba entrerà nella stanza vuota.
Basterà la finestra a vestire ogni cosa
D'un chiarore tranquilo, quasi una luce.
Poserà un'ombra scarna sul volto supino.
I ricordi seranno dei grumi d'ombra
Appiattati cosi come vecchia brace
Nel camino. Il ricordo sarà la vampa

Che ancor ieri mordeva negli occhi spenti[3].

Fuimos, poco tiempo después de su muerte, a la colina. Había fondas a lo largo de la carretera, con pérgolas cargadas de uvas rojizas, juegos de bochas, concentraciones de bicicletas; había alquerías con montones de panochas, la hierba segada extendida para que se secara sobre sacos; el paisaje al margen de la ciudad y en los límites del otoño que él amaba. Sobre las riberas herbosas y los campos arados, contemplamos a la luna subir en la noche de septiembre. Éramos todos muy amigos y nos conocíamos desde hacía muchos años: personas que siempre habían trabajado y pensado juntos. Como suele ocurrir entre los que se aprecian y han sido afectados por una desgracia, tratábamos ahora de querernos más y de ayudarnos y protegernos unos a otros; pues sentíamos que él, de cierta manera suya misteriosa, siempre nos había ayudado y protegido. Él estaba más presente que nunca en aquella ladera de la colina.

Ogni occhiata che torna, conserva un gusto
Di erba e cose impregnate di sole a sera
Sulla spiaggia. Conserva un fiato di mare.
Come un mare notturno è quest'ombra vaga
Di ansie e brividi antichi, che il cielo sfiora
E ogni sera ritorna. Le voci morte
Assomigliano al frangersi di quel mare.[4]

3 «No será necesario abandonar la cama. / Sólo el alba entrará en la estancia vacía. / Bastará la ventana para vestir todas las cosas / de una tranquila claridad, casi una luz. / Se posará una sombra descarnada en el rostro supino. / Los recuerdos serán grumos de sombra / escondidos como viejas brasas / en la chimenea. El recuerdo será la llama / que ayer aún mordía en los ojos apagados.»

4 «Cada ojeada que se lanza conserva un gusto / de hierba y cosas impregnadas de sol atardecido / sobre la playa. Conserva un hálito de mar. / Como un mar nocturno es esta sombra vaga / de ansias y viejos estremecimientos, que el cielo roza / y vuelve cada noche. Las voces muertas / se parecen al romper de aquel mar.»

Alabanza y menosprecio de Inglaterra

Inglaterra es bella y melancólica. Yo no conozco, a decir verdad, muchos países; pero me ha surgido la sospecha de que Inglaterra es el país más melancólico del mundo.

Es un país altamente civilizado. Se ve resueltos en él con gran sabiduría los problemas más esenciales del vivir, tales como la enfermedad, la vejez, el paro, las tasas.

Es un país que sabe tener, me parece, un buen gobierno, y esto se advierte en los detalles mínimos de la vida de cada día.

Es un país donde reina el máximo respeto y la máxima voluntad de respeto por el prójimo.

Es un país que se ha mostrado siempre dispuesto a acoger a los extranjeros, a las poblaciones más diversas y, creo, que no las oprime.

Es un país donde se sabe construir las casas. El deseo del hombre de gozar de una casita, sólo para sí y para la propia familia, con el jardín que puede cultivar él mismo, se considera legítimo, y las ciudades están formadas, pues, por esta especie de pequeñas casas.

Hasta las casas más modestas pueden tener, externamente, un aspecto gracioso.

Y una ciudad grande como Londres, monstruosamente inmensa, está organizada, sin embargo, de tal modo que esta grandeza no se advierte ni pesa. La mirada no se pierde en su grandeza, sino que es atraída y engañada por las callejas y casitas, por los verdes parques.

Los parques se abren en la ciudad como lagos para reposar la mirada, para darle refrigerio y liberación, para lavarla del hollín.

Porque allí donde la ciudad no es verde, inmediatamente aparece envuelta por una densa capa fuliginosa y huele como huelen las estaciones: a trenes viejos, a carbón y polvo.

Las estaciones son los lugares donde Inglaterra es más abiertamente tétrica. Se acumulan en ellas chatarra, residuos de carbón, montones de rieles en desuso, roñosos y enredados. Las rodean desoladas huertas de coles, con pobres camisetas tendidas y barracas llenas de remiendos como prendas viejas.

Bastante tétrica es, asimismo, la periferia de Londres, donde las calles de casitas iguales se multiplican y se prolongan hasta producir vértigo.

Igual vértigo sentimos viendo en Londres ciertos escaparates de tiendas, abarrotados de zapatos todos iguales, con la punta afilada y tacón alto. Zapatos que producen dolor de pies sólo de mirarlos. O escaparates abarrotados, rebosantes, de ropa interior de mujer, tan abarrotados, que quitan todo deseo de comprar enaguas o medias, de las que tan llena tiene uno la mirada. Contemplando tal abundancia, surge la sensación de que no se necesita nada, y un disgusto tal por medias y enaguas, que parece que tendría que durar toda la vida.

Contra los muros de ladrillos rojos de las casitas, se recortan las hojitas verdes de los árboles, pequeñas, de un verde tierno, un delicado encaje de hojas.

De vez en cuando se asoma a la calle un árbol florido, de un rosa suave o vivamente encendido, bello a la vista, amable adorno de la calle. Mirándolo, se siente, sin embargo, que no está allí por azar, sino por cálculo, obedeciendo a un preciso designio. Y el hecho de que esté allí, no por azar, sino en obediencia a un preciso designio, entristece su belleza.

Un árbol florido, en Italia, en la calle de una ciudad, sería algo de una alegría sorprendente. Estaría allí por azar, brotado de la alegría de la tierra, y no por cálculo de una determinada voluntad.

En Londres, en esta ciudad negra y gris, el hombre ha puesto, con precisa determinación, algunos colores. Se puede encontrar, de pronto, un pequeño portal azul, o rosa, o rojo, entre sus negros hermanos. Entre el aire gris pasan los autobuses pintados de un vivo rojo. Son colores que en otros sitios serían alegres, pero que aquí no son alegres, reprimidos por una precisa y determinada intención, triste y apagada sonrisa de quien no sabe sonreír.

Y rojos son los coches de los bomberos, que no tienen una sirena estridente, sino un dulce tintineo de campanillas.

Inglaterra no es nunca vulgar. Es conformista, pero no vulgar. Siendo triste, no es nunca torpe. La vulgaridad nace de la torpeza y de la prepotencia. Nace, también, del capricho, de la fantasía.

A veces creemos ver asomar la vulgaridad en la voz bronca o en la risa chillona de una mujer, en los colores violentos de sus afeites, o en sus cabellos

de estopa. Pero en seguida nos damos cuenta de que, en este país, la vulgaridad ha sido desarraigada de todas partes por la melancolía.

Los ingleses carecen de fantasía. Se visten todos del mismo modo. Las mujeres que se ve por la calle llevan todas el mismo impermeable de celofán, transparente y como de caramelo, semejante a las cortinas de los baños, a los manteles de los restaurantes. Llevan todas, colgada del brazo, una cesta de mimbre. Los hombres de negocio llevan el conocido uniforme: bombín negro, pantalones a rayas y paraguas. Los artistas del barrio de Chelsea y los estudiantes que sueñan con el arte, con la bohemia y la vida disipada, tienen barbas rojizas, descuidadas, cortadas en redondo, y chaquetas a cuadros con los bolsillos deformados. Las muchachas de este tipo visten ajustados pantalones negros, jerseys de cuello alto y, cuando llueve, zapatos blancos.

Los jóvenes creen, vistiéndose de este modo, que afirman como si fuera en voz alta su situación libre, rebelde, anticonformista, la originalidad y la extravagancia de su forma de pensar. No se dan cuenta, sin embargo, de que por las calles hay miles de personajes exactamente idénticos a ellos, con el mismo peinado, la misma expresión de ingenuo desafío en la cara, los mismos zapatos.

Los ingleses carecen de fantasía; no obstante, muestran fantasía en dos cosas, sólo en dos cosas. Los trajes de noche de las señoras de edad y los cafés.

Las señoras de edad llevan, para la noche, los trajes más extraños. Y se pintan la cara de rosa y de amarillo sin escatimar nada. Se transforman, de pacíficos gorriones, en pavos reales y faisanes lujuriantes.

En torno suyo no provocan estupor alguno. El pueblo inglés, por lo demás, no conoce el estupor. Jamás vuelve la cabeza para mirar a su prójimo por la calle.

También en los cafés, en los restaurantes, Inglaterra muestra su fantasía. Suele darles nombres extranjeros para hacerlos más atractivos: «Pustza», «Chez nous», «Roma», «Le Alpi». A través de los cristales, se ve en ellos delicadas plantas trepadoras, farolillos chinos, agudos picos de rocas, luces azuladas de glaciares. O se ve calaveras, huesos cruzados, paredes negras, alfombras negras, fúnebres velas, y reina en ellos, al estar casi siempre vacíos, un luctuoso silencio.

Inglaterra, que no está en absoluto contenta de sí misma, estudia la forma de vestirse las plumas de la fascinación forastera o busca el escalofrío de una seducción funeraria.

Por lo demás, las bebidas y alimentos que se encuentra en el interior de estas pustze, de estos Alpes, de estos sepulcros, tienen todos el mismo lamentable sabor. La fantasía no ha llegado a bebidas y alimentos; se ha quedado enganchada en los cortinajes, en las alfombras, en las luces.

Los ingleses, por lo general, no muestran estupor. Si uno se desmaya por la calle, todo está previsto. En unos segundos le llevan una silla, un vaso de agua y una enfermera de uniforme.

Los desmayos están previstos, y en torno al infortunado todo se mueve rápida y automáticamente para prestarle ayuda.

Se asombran profundamente, sin embargo, los ingleses cuando, en el restaurante, pedimos un poco de agua. Ellos no beben agua, pues tienen calmada perennemente su sed por infinitas tazas de té. No prueban el vino ni tocan el agua. Por eso los desorienta la petición de un vaso de agua, ese mismo vaso de agua tan solícito en llegar cuando se produce un desmayo por la calle.

Al final lo traen: un vasito con poca agua tibia, en una bandeja y con una cucharilla.

Quizá tienen razón en disfrazar los cafés y restaurantes con aires extranjeros. Porque cuando estos lugares son claramente ingleses, reina en ellos una desesperación tan triste que al que entra le inspira la idea del suicidio.

Me he preguntado a menudo cuál es el motivo de esta desolación de los cafés ingleses. Acaso deriva de la desolación de las relaciones sociales. Cualquier lugar donde los ingleses se reúnan para hablar rezuma melancolía. En efecto, no hay nada más triste en el mundo que una conversación inglesa, cuidadosa siempre de no rozar nada esencial, de quedarse en la superficie. Para no ofender al prójimo entrando en su intimidad, que es sagrada, la conversación inglesa zumba su tema extremadamente aburrido para todos con tal de que no sea peligroso.

Los ingleses son un pueblo totalmente privado de cinismo. Son, en el fondo, siempre serios, a pesar de sus carcajadas, que estallan súbitas, y se quiebran sordas, sin eco. Creen todavía en ciertos valores esenciales que en todas partes han sido olvidados: la seriedad del trabajo, del estudio, de la fidelidad a uno mismo, a los amigos, a la palabra dada.

El civismo, el respeto al prójimo, el buen gobierno, el saber pensar y atender las exigencias del hombre, el prestarle asistencia en la vejez y en la enfermedad...: todo esto es, ciertamente, el fruto de una antigua y profunda inteligencia. Sin embargo, esta inteligencia no es visible o sensible en modo alguno en la gente que pasa por la calle. Mirando en torno de uno no se ve ni asomo de ella. Si hablamos al azar con el primero que pasa, en vano esperaremos palabras de humana sabiduría.

Cuando entramos en una tienda, la dependienta nos recibe con las palabras «Can I help you?». Pero sólo se trata de palabras. Inmediatamente se revela totalmente inhábil para ayudarnos, y en absoluto dispuesta a intentarlo. No se descubre en ella voluntad alguna de establecer con nosotros un entendimiento, de colaborar con nosotros, de contentarnos. Para buscar lo que deseamos no dirige su mirada a más de dos centímetros de su nariz.

Las dependientas inglesas son las más estúpidas dependientas del mundo.

Es una estupidez, no obstante, de la que está ausente el cinismo, la insolencia, la prepotencia, el desprecio. Es una estupidez desprovista por completo de vulgaridad. No tiene nada de innoble, y por eso no ofende. Los ojos de las dependientas inglesas tienen la vacía y atónita fijeza de los ojos de las ovejas en las praderas interminables.

Cuando salimos de la tienda, los ojos de la dependienta nos siguen, atónitos, vacíos, sin haber formulado sobre nosotros ninguna clase de juicio, ningún pensamiento. Son ojos que nos olvidan inmediatamente apenas salimos del brevísimo radio de su iris.

Por eso, si por casualidad nos encontramos con una dependienta menos estúpida, nos sentimos dispuestos a comprar toda la tienda, maravillados.

Italia es un país dispuesto a doblegarse a los peores gobiernos. Es un país donde todo funciona mal, como se sabe. Es un país donde reina el desorden, el cinismo, la incompetencia, la confusión. Y, sin embargo, por la calle, se siente circular la inteligencia, como una vívida sangre.

Es una inteligencia que, evidentemente, no sirve para nada. No se emplea en beneficio de alguna institución que pueda mejorar un poco la condición humana. Pero calienta el corazón y lo consuela, aunque se trate de un engañoso y acaso insensato consuelo.

En Inglaterra, la inteligencia se traduce en las obras, pero si buscamos en torno a nosotros por la calle, entre la gente que pasa, no encontramos ni asomo de ella, y esto, desde luego estúpida e injustamente, nos parece una privación y nos hace enfermar de melancolía.

La melancolía inglesa se nos contagia prontamente. Es una melancolía ovejuna, atónita, una especie de pasmo vacío, sobre cuya superficie revuelan las conversaciones sobre el tiempo, sobre las estaciones, sobre todas las cosas de las que se puede hablar largamente sin llegar al fondo, sin ofender y sin ser ofendido, un largo y leve zumbido de mosquito.

El pueblo inglés aparece, sin embargo, consciente en cierto modo de su propia tristeza, de la tristeza que inspira a los extranjeros su país. Con los extranjeros, tiene el aire de pedir excusas por ella, y aparece perennemente ansioso de marcharse. Vive aquí como en un eterno exilio, soñando con otros cielos.

Siempre me sorprende que en Italia, los que tienen hijos adolescentes, no sueñen otra cosa que mandarlos a Inglaterra en las vacaciones de verano. Sobre todo si se trata de muchachos que están atravesando, como a menudo ocurre en la adolescencia, un período de timidez, de misantropía, de hurañía, de hosquedad. Los padres italianos piensan en Inglaterra como en un específico remedio contra estos males. En realidad, en Inglaterra no se cambia jamás. Es un país donde sigue siendo uno absolutamente el mismo que es.

El que es tímido sigue siendo tímido, el que es misántropo sigue siendo misántropo. Además, sobre la timidez y la misantropía inicial, se extiende aún la grande e ilimitada melancolía inglesa, como una pradera ilimitada en la que se pierde la mirada.

Encima, los padres esperan en vano que sus hijos, en esas estancias estivales, aprendan el inglés, lengua dificilísima de aprender que poquísimos extranjeros saben y que cada inglés habla a su manera.

Inglaterra es un país donde uno sigue siendo absolutamente el mismo que era. El alma no sufre el más mínimo cambio. Sigue inmóvil, inmutable, protegida por un clima suave, templado, húmedo, sin cambios bruscos de estaciones, del mismo modo que se mantiene inmutable a través de todas las estaciones la hierba verde de los prados, que es imposible imaginar más verde; una hierba a la que ni el hielo muerde ni el sol devora. El alma no se libera de sus vicios, pero tampoco adquiere otros nuevos. Al igual que la hierba, el alma se mece en silencio en su verdeante soledad, regada por una tibia lluvia.

Hay en Inglaterra catedrales bellísimas. No encerradas entre casas y tiendas, sino abiertas a prados verdes. Hay bellísimos cementerios, sencillas piedras escritas esparcidas por la hierba entre una profunda paz, a los pies de las catedrales. No las defiende muro alguno, están allí, en perpetua intimidad con la vida y, sin embargo, inmersas en una paz suprema.

En el país de la melancolía, el pensamiento está siempre dirigido hacia la muerte. No teme a la muerte, puesto que la sombra de la muerte se asemeja a la vasta sombra de los árboles, al silencio que ya está presente en el alma, perdida en su verde sueño.

«La Maison Volpé»

Aquí, en Londres, en los alrededores de mi casa, hay un sitio llamado «La Maison Volpé». No he entrado nunca en ella, no sé lo que será: pienso que debe ser un restaurante o un café. Quizá no entraré jamás: ese nombre conservará para mí su misterio. Pero tengo la impresión de que cuando recuerde Londres, y el tiempo que aquí he pasado, vibrarán en mi oído esas sílabas y todo Londres estará para mí resumido en ese nombre parisiense.

Desde fuera no se ve más que una puerta de cristales con densos cortinajes de tul color avellana apagado; más allá de los densos cortinajes no se ve nada; los cortinajes son viejos, polvorientos y descoloridos; quizá sea un restaurante, pero al pasar no se percibe ningún olor, ni bueno ni malo; por otra parte, al pasar, jamás he visto entrar o salir a nadie por la puerta, sobre la cual están trazados en negro y oro los caracteres de ese nombre extraño: La Maison Volpé. Se trate de un café, de un restaurante o de una sala de baile, tengo la idea de que todo lo que se pueda beber o comer dentro tiene que ser algo antiguo e impregnado del polvo y de la carcoma de que están impregnados los cortinajes. La calle es casi de la periferia. Entre una gasolinera y una tienda de frigoríficos, La Maison Volpé, siempre herméticamente cerrada, emana su misterio nocturno, la promesa de placeres secretos, exóticos y acaso pecaminosos que encierran los caracteres negro y oro de su nombre.

Lugares como La Maison Volpé, en Londres, hay muchos: surgen en los puntos más impensados, tienen nombres extravagantes, y por fuera no se comprende bien lo que son; tienen un aire nocturno, exótico y vagamente pecaminoso, y si se entra en ellos en pleno día se encuentra una misteriosa penumbra, disipada apenas por débiles luces azuladas; hay alfombras de

terciopelo, paredes pintadas de negro, pero en seguida nos sentimos desilusionados y desorientados por las azucareras que hay sobre las mesas, llenas de un azúcar color marrón, el azúcar de caña que usan aquí. No tardamos en darnos cuenta de que en estos lugares no sucede absolutamente nada de extraño, ni se bebe otra cosa que café claro y tibio, con un poco de leche. A las mesas se sientan personas vestidas con un cierto cuidado: por el modo en que están vestidas, se comprende que no han entrado allí por casualidad, al pasar, sino con el firme propósito de pasar algunas horas precisamente en aquel sitio y, acaso, de divertirse. Ignoro qué clase de diversión puede ser el pasar el tiempo en un lugar semejante privado de toda alegría; no se ven amantes que se abracen, y la conversación es un educado susurro; la gente no tiene aire de lanzarse a una conversación íntima, apasionada, encendida, esas conversaciones íntimas que se sostienen, entre hombre y mujer o entre amigos, en nuestros cafés. En ese susurro educado no hay ninguna clase de intimidad. Toda la decoración, la penumbra, los cortinajes, las alfombras, parecen estar allí para sugerir la intimidad; pero la intimidad se queda en propósito abstracto, en sueño remoto.

Los italianos, cuando se encuentran en Londres, hablan de restaurantes. No existe en todo Londres un restaurante donde sea agradable reunirse para charlar y comer. Los restaurantes, aquí, están o demasiado llenos o demasiado vacíos. Y tienen todos un carácter o de sosiego o de desolación. Unas veces, los dos caracteres se funden; otras, sobre la desolación prevalece el sosiego; rígidos sillones de altos respaldos, señoras con pieles, y jarras de plata; otras es la desolación lo que prevalece, un mortecino abandono; por lo demás, en todas partes se comen más o menos los mismos platos, los mismos bistecs oscuros y rizados con un tomatito hervido al lado y una hoja de lechuga sin aceite ni sal.

Hay restaurantes donde se come sólo pollo asado. Filas y filas de pollos giran sobre el asador. Los camareros van a toda prisa de una mesa a otra llevando calientes platos de pollo. En torno no se descubre ningún otro indicio de cualquier otra clase de comida. Salimos con tal nausea de pollos que nos parece que no podremos volver a probar en la vida un trozo de pollo. Hay también restaurantes que se llaman «The eggs and I» («Los huevos y yo»). En ellos no hay más que huevos, huevos duros helados y marmóreos, sobre los que han lanzado un chorrito de mayonesa.

En Inglaterra hacen una gran publicidad sobre restaurantes y comidas. En el cine, por la calle, en las estaciones del metro, en las revistas ilustradas, se ven grandes y coloreadas imágenes de comidas y bebidas. Oh, it is luxurious! it is delicious! En el cine asistimos a largas visiones publicitarias de restaurantes chinos, indios, españoles, con orquestas, palmas, flores, clientes que comen con

un fez o un sombrero[5] en la cabeza, extasiándose ante un plato en el que, sin embargo, nos parece entrever el típico bistec oscuro y la típica hoja de lechuga. Se suceden en la pantalla bosques rojeantes de fresas y pastos interminables, que luego se convierten en el helado Kiaora (que se pueden obtener «aquí y ahora») o el vaso de cartón de la leche Fresko («Fresko is delicious! And full of vitamins!»). La ciudad está llena de invitaciones a beber y a comer. En cada esquina de calle se ve un cartel con un huevo pasado por agua y la sensata sugerencia «go to work on an egg» («vete al trabajo sobre un huevo»). O bien «Drink a pint milk a day» («bebe una pinta de leche al día»), «Baby cham? I love Baby cham!» O, aún: «Have a chicken for your week-end» («Amárrate un pollo para tu fin de semana»).

Pero, a pesar de todo este clamor que se hace en torno a la comida, para la gente ésta sigue siendo simplemente «food», comida: algo genérico y melancólico. En las novelas se lee que traen «some food», sin ninguna afectuosa especificación. Las mil latas expuestas en las tiendas de alimentación tienen imágenes de los más variados y atractivos animales: faisanes, perdices, gamos, cabritos y ciervos; tienen seductores nombres exóticos y vistas de paisajes lejanos a los que sería maravilloso ir. Pero el que vive aquí desde algún tiempo, ya no se deja engañar: sabe muy bien que el contenido de esas latas es siempre «food», es decir, nada. Nada que se pueda comer con simpatía cordial, con tranquilo placer.

Cuando se lleva un cierto tiempo viviendo aquí uno se da cuenta de que al comprar comida no se pueden cometer imprudencias. No se puede entrar en una pastelería, elegir unos dulces, llevárselos a casa y comérselos. Este acto sencillo e inocente no se puede realizar aquí. Porque esos dulces, graciosamente revestidos de chocolate y con almendras incrustadas, al comerlos se ve que están como amasados con carbón o arena. Hay que añadir, para ser justos, que no hacen ningún daño. Sólo son malos, inocuos pero malos, con una vejez de centenares de años a juzgar por el sabor, pero inocuos. Los dulces de las tumbas de los Faraones, junto a las momias, deben de tener ese mismo sabor. Ni siquiera los caramelos se pueden comprar alegremente. Pueden ser duros como piedras y pegarse a los dientes llenando la boca de un extraño gusto a sal.

Sobre todos los sitios donde se vende o se sirve comida pesa una opaca tristeza. Hasta los escaparates de las fruterías, llenos de fruta bella a la vista, montones de pamplemusas y racimos de plátanos, esos escaparates de fruteros que se ven iguales por todas partes, en las estaciones del metro, en los más lejanos suburbios y en los más remotos pueblos perdidos entre los campos, son siempre tristes. Quizá porque son tan inexorablemente idénticos unos a otros.

5 En castellano, en el original.

Quizá porque sabemos que esa fruta, al comerla, resulta por completo insípida. Pero quizá sólo porque se trata de comida, es decir, de algo que aquí es triste.

Y, sin embargo, los ingleses están obsesionados por la idea de la comida. Recorriendo las carreteras del campo más desiertas y remotas, en la linde de un bosque denso y salvaje o en las márgenes de una ladera llena de maleza y desolada, se encuentra un cartel con el letrero de «teas, luncheons, snacks». Miramos en torno nuestro, preguntándonos cómo y quién podrá cumplir semejante lisonjera promesa. No se ve un alma. Pero, pocos pasos más allá, nos espera una roulotte en la que, efectivamente, se puede lograr té, el típico coffee azucarado y tibio y los bocadillos de jamón. Junto a la caja hay además un gran globo de vidrio en el que burbujea la naranjada, en la que han puesto flotando, acaso para dar una idea de frescor más íntima, dos o tres naranjas de goma.

A veces, en vez de una roulotte, se encuentra en pleno campo una casita pintada como una cebra con el letrero de «farm» y la típica promesa de «snacks». Entramos pensando que allí vamos a comer platos rústicos y poco habituales. La «farm» está abarrotada de londinenses de paso, que comen, a las cuatro de la tarde, bacalao con patatas fritas. Hay también el típico globo de naranjada y los vasos de cartón de la leche Fresko (Fresko is delicious!) alineados junto a la caja. Los «snacks» son bocadillos. Los de la «farm» están hechos con el típico pan, confeccionado en paquetes de papel cuadriculado, ya cortado en rebanadas y todo miga, que se vende en todos los Lyon's y en todas las droguerías inglesas. En torno, todo es campo, bello y verde, susurrante y húmedo, salvaje y al mismo tiempo dulce como ningún otro campo del mundo, un campo silencioso, incomestible e inodoro. No se percibe ningún olor a estiércol, a ganado, a tierra arada o a heno, no se oye ninguno de los ruidos que estamos acostumbrados a oír en el campo, rechinar de carros o pisar de caballos. Vacas inodoras y limpias pastan en un recinto. Nadie las vigila; no se ve pastores, ni perros, ni campesinos. A veces, en pleno campo, podemos encontrar un «pub» suntuosamente decorado, en su interior, de terciopelo rojo con marcos dorados. Es un «pub» idéntico a los del centro de Londres: nada es distinto. En el rincón hay una chimenea en la que arde un falso carbón o un falso tronco de leña; falso, pero bien imitado. Se bebe cerveza en vasos esmerilados, grandes y pesados. La cerveza la traen de las bodegas en cubos de lata o de cinc que inevitablemente hacen pensar en el agua sucia. También esto ocurre, por lo demás, a veces en Londres. ¿Por qué no usan otro recipiente? No hay ningún por qué. Los ingleses son insensibles a ciertas asociaciones de ideas. Y, además, quizá esos cubos son el signo del profundo desprecio, del odio secreto que los ingleses sienten por toda bebida o comida. A mí me parece que hasta ciertas palabras usadas para indicar comidas o bebidas tienen un sonido injurioso y revelan odio y desprecio: «Snacks-squash-poultry». Semejantes

palabras, ¿no parecen insultos? Significan simplemente bocadillos, naranjada, volátiles.

Pensándolo bien, el odio de los ingleses por la comida es quizá el único origen de esa oscura tristeza que pesa sobre todos los lugares donde se vende o se sirve de comer. Un café o un restaurante, basta que descuiden mínimamente un cierto decoro burgués para que se parezcan de modo impresionante a un comedor de pobres. Y por la noche, ciertas noches de la semana, junto a las puertas de los restaurantes más elegantes del centro, ante los locales de encuentro más misteriosos y de nombre más extraño, incluso ante la misteriosa Maison Volpé, se ven grises bidones de inmundicia, enormes y rebosantes. Los bidones de inmundicia no son agradables en ninguna parte del mundo. Pero yo creo que en ningún país del mundo son, como aquí, tan grandes, tan grises, tan visibles y desbordantes, tan impregnados del humo gris del aire y tan llenos de una desolada melancolía.

Él y yo

Él tiene siempre calor; yo, siempre frío. En verano, cuando hace verdaderamente calor, no hace sino lamentarse del gran calor que tiene. Se indigna si ve que, por la noche, me pongo una rebeca.

Él sabe hablar bien varios idiomas; yo no hablo bien ninguno. Él logra hablar, a su modo, hasta los idiomas que no sabe.

Él tiene un gran sentido de la orientación; yo, ninguno. En las ciudades extranjeras, después del primer día, él se mueve con la ligereza de una mariposa. Yo me pierdo en mi propia ciudad; tengo que preguntar para volver a mi casa. Él odia preguntar; cuando vamos por ciudades desconocidas, en coche, no quiere que preguntemos a nadie y me ordena que mire el plano. Yo no sé mirar los planos, me armo un lío con los circulitos rojos, y él se enfurece.

A él le gustan los museos, y yo los visito haciendo un esfuerzo, con una desagradable sensación de deber y de fatiga. A él le gustan las bibliotecas; yo las odio.

Le gustan los viajes, las ciudades extranjeras y desconocidas, los restaurantes. Yo me quedaría siempre en casa, no me movería nunca de ella.

No obstante, le acompaño en muchos viajes. Le sigo a los museos, a las iglesias, a la ópera. Le sigo también a los conciertos, y me duermo.

Como conoce a directores de orquesta, a cantantes, le gusta ir, acabado el espectáculo, a felicitarlos. Le sigo por los largos pasillos que llevan a los camerinos de los cantantes, le escucho hablar con personas vestidas de cardenales y de reyes.

No es tímido; y yo soy tímida. A veces, sin embargo, le he visto tímido. Con los policías, cuando se acercan a nuestro coche armados de bloc y lápiz. Ante ellos se vuelve tímido, si se siente cogido en falta.

Y también aunque no se sienta cogido en falta. Creo que tiene respeto a la autoridad constituida.

Yo, a la autoridad constituida, la temo; él, no. Él le tiene respeto. Es distinto. Yo, si veo un policía acercarse para ponernos una multa, en seguida pienso que intentará llevarme a la cárcel. Él no piensa en la cárcel; pero, por respeto, se vuelve tímido y amable.

Por esto, por su respeto a la autoridad constituida, hemos discutido hasta la locura durante el proceso Montesi.

A él le gustan los tallarines, el cordero lechal, las cerezas, el vino tinto. A mí me gusta el potaje, la sopa de pan, la tortilla, las verduras.

Suele decirme que no entiendo nada en cuestiones de comer; y que soy como ciertos robustos frailones, que devoran sopas de hierbas a la sombra de sus conventos; él, sin embargo, es un refinado, de paladar sensible. En el restaurante se informa largamente sobre los vinos; hace que le lleven dos o tres botellas, las observa y reflexiona, acariciándose la barba parsimoniosamente.

En Inglaterra hay ciertos restaurantes donde el camarero ejecuta este pequeño ceremonial: sirve al cliente un poco de vino en el vaso para que pruebe si es de su gusto. Él odiaba este pequeño ceremonial; y siempre le impedía al camarero que lo hiciera quitándole de la mano la botella. Yo se lo reprochaba, haciéndole observar que a cada cual hay que permitirle que cumpla sus propias obligaciones.

Así, en el cine, no quiere nunca que la acomodadora le acompañe hasta su sitio. Le da en seguida la propina, pero se va siempre a otros sitios distintos de los que la acomodadora, con su linterna, le indica.

En el cine quiere estar muy cerca de la pantalla. Si vamos con amigos y estos buscan, como la mayoría de la gente, un sitio alejado de la pantalla, él se refugia, solo, en una de las primeras filas. Yo veo bien, indiferentemente, desde cerca y desde lejos; pero si voy con amigos me quedo con ellos, por amabilidad; no obstante, sufro, porque puede que él, en su sitio a dos palmos de la pantalla, esté ofendido conmigo porque no me he sentado a su lado.

A los dos nos gusta el cine; y a cualquier hora del día estamos dispuestos a ir a ver cualquier clase de película. Pero él conoce la historia del cine en sus más mínimos detalles; se acuerda de directores e intérpretes, incluso de los más antiguos, olvidados y desaparecidos hace ya mucho; y está dispuesto a recorrer kilómetros para ir a ver, en las más alejadas periferias, antiquísimos films de la época del mudo, en los que a lo mejor aparecerá durante unos segundos un actor caro para sus más remotos recuerdos de infancia. Me acuerdo, en Londres, de una tarde de domingo; en un lejano suburbio, lindando con el campo,

ponían un film sobre la Revolución Francesa, un film del 30, que él había visto de niño y en el que aparecía durante unos instantes una actriz famosa en aquella época. Fuimos en coche en busca de aquella lejanísima calle; llovía, había niebla, y vagamos horas y horas por suburbios todos iguales, entre filas grises de casitas, canalones, faroles y cancelas; sobre las rodillas yo tenía el plano, pero no conseguía leerlo y él se enfurecía; al fin encontramos el cine, y nos sentamos en una sala completamente vacía. Pero, tras un cuarto de hora, él ya quería marcharse, al terminar la breve aparición de la actriz que le gustaba; yo, por el contrario, después de tanto recorrido, quería ver cómo terminaba la película. No recuerdo si prevaleció su voluntad o la mía; quizá la suya y nos fuimos al cabo de un cuarto de hora; además, era tarde, y aunque habíamos salido después de comer, se nos había echado encima la hora de la cena. Pero cuando yo le rogué que me contara cómo terminaba la historia no obtuve ninguna respuesta que me satisficiera; porque, según él, la historia no tenía ninguna importancia, lo único que contaba eran esos pocos instantes, el perfil, el gesto, los rizos de aquella actriz.

Yo no recuerdo jamás los nombres de los actores; y como soy poco fisonomista, reconozco a veces con dificultad incluso a los más famosos. Esto le irrita mucho; le pregunto quién es éste o aquél y provoco su indignación: «¡No me dirás —dice— no me dirás que no conoces a William Holden!»

Efectivamente, no he conocido a William Holden. Y, no obstante, también a mí me gusta el cine; pero, aunque llevo yendo desde hace tantos años, no he sabido formarme una cultura cinematográfica. Él sí se ha formado una cultura cinematográfica; se ha formado una cultura de todo lo que ha atraído su curiosidad; y yo no he sabido formarme una cultura de nada, ni siquiera de las cosas que más he amado en mi vida: han quedado en mí como imágenes dispersas, alimentando mi vida de recuerdos y emociones, sí, pero sin colmar el vacío, el desierto de mi cultura.

Me dice que carezco de curiosidad, pero no es cierto. Siento curiosidad por pocas, por muy pocas cosas; y cuando las llego a conocer, conservo de ellas alguna imagen dispersa, la cadencia de una frase o de una palabra. Pero mi universo, en el que afloran tales cadencias e imágenes, aisladas unas de otras y no ligadas por trama alguna, a no ser secreta, ignota e invisible para mí misma, es un universo árido y melancólico. Su universo, por el contrario, es rico y verde, está poblado y cultivado, es un fértil y regado campo donde surgen bosques, pastos, huertos y pueblos.

Para mí, toda actividad es sumamente difícil, fatigosa, incierta. Soy muy perezosa, y tengo una absoluta necesidad de ocio si quiero concluir algo, necesidad de estar largas horas tumbada en los divanes. Él no está jamás en ocio, siempre está haciendo algo; escribe a máquina a mucha velocidad, con la radio encendida; cuando se dispone a descansar por la tarde, tiene a su lado

unas pruebas para corregir o un libro lleno de notas; quiere que, en la misma jornada, vayamos al cine, luego a una recepción, y después al teatro. Logra hacer, y logra también hacerme hacer, un montón de cosas distintas en el mismo día; es capaz de encontrarse con las personas más dispares; y si yo estoy sola e intento hacer lo mismo que él, no acierto en nada, porque donde pensaba entretenerme media hora me quedo bloqueada toda la tarde, o porque la persona más aburrida y que menos deseaba ver me lleva consigo al lugar al que menos deseaba ir.

Si le cuento cómo se ha desarrollado una tarde mía, le parece una tarde por completo equivocada, y se divierte, me toma el pelo y se enfurece; y me dice que yo, sin él, no valgo para nada.

Yo no sé administrar el tiempo. Él sí sabe.

Le gustan las recepciones. Asiste vestido de claro cuando todo el mundo va vestido de oscuro; la idea de cambiarse de traje para ir a una recepción no se le pasa por la cabeza. Llega a ir incluso con su viejo impermeable y con su sombrero arrugado, un sombrero de lana que se compró en Londres y que lleva calado sobre los ojos. Está en ella sólo media hora, y le gusta estar durante media hora charlando con un vaso en la mano; come muchas pastitas; yo casi ninguna, pues al verle a él comer tanto pienso que al menos yo, por educación y reserva, debo abstenerme de comer; al cabo de media hora, cuando empiezo a ambientarme un poco y a encontrarme a gusto, se impacienta y me arrastra fuera.

Yo no sé bailar y él sí sabe.

No sé escribir a máquina; él, sí.

No sé conducir el automóvil. Si le propongo sacar yo también el carné, no quiere. Dice que, de todas formas, no lo iba a conseguir. Creo que le gusta que yo dependa, por tantos aspectos, de él.

Yo no sé cantar; él, sí. Es barítono. Si hubiera estudiado canto, quizá fuera un cantante famoso.

Si hubiera estudiado música, quizá habría llegado a ser un director de orquesta. Cuando escucha discos, dirige la orquesta con un lápiz. Al mismo tiempo escribe a máquina y atiende al teléfono. Es un hombre que logra hacer, al mismo tiempo, muchas cosas.

Es profesor, y creo que bueno.

Habría podido hacer muchos oficios. Pero no lamenta no haber hecho ninguno de los que no ha hecho. Yo no habría podido hacer más que un oficio, sólo un oficio: el oficio que elegí, y que hago, casi desde mi infancia. Tampoco yo lamento no haber hecho ninguno de los oficios que no he hecho; pero yo, de todas formas, no habría sabido hacer ninguno.

Yo escribo relatos y he trabajado muchos años en una editorial.

No trabajaba mal, pero tampoco bien. No obstante, me daba cuenta de que acaso no habría sabido trabajar en ningún otro sitio. Tenía relaciones de amistad con mis compañeros de trabajo y con mi patrón. Sentía que, de no haber tenido en torno mío estas relaciones de amistad, me habría apagado y no habría podido trabajar más.

Largamente he alimentado la idea de poder trabajar algún día en guiones de cine. Pero no he tenido nunca la ocasión o no he sabido buscarla. Ahora he perdido ya la esperanza de trabajar en guiones. Él trabajó en guiones en tiempos, cuando era más joven. También ha trabajado en una editorial. Ha escrito relatos. Ha hecho todas las cosas que yo he hecho, y muchas otras más.

Imita muy bien a la gente, y sobre todo a una vieja condesa. Quizá habría podido ser también actor.

Una vez, en Londres, cantó en un teatro. Hacía de Job. Había tenido que alquilar un frac; y allí estaba, de frac, ante una especie de atril; y cantaba. Cantaba el papel de Job, algo entre la dicción y el canto. Yo, en un palco, me moría de miedo. Tenía miedo de que se aturrullase, o de que se le cayeran los pantalones del frac.

Estaba rodeado de hombres de frac y de señoras vestidas con trajes de noche, que hacían de ángeles, de diablos y de los otros personajes de Job.

Tuvo un gran éxito y le dijeron que lo hacía muy bien.

Si yo hubiera amado la música, la habría amado con pasión. Pero no la comprendo; y en los conciertos, a los que a veces él me fuerza a acompañarle, me distraigo y me pongo a pensar en mis cosas. O caigo en un profundo sueño.

Me gusta cantar. No sé cantar, desentono mucho; no obstante, a veces canto, en voz muy baja, cuando estoy sola. Que desentono tanto lo sé porque me lo han dicho los demás; mi voz debe de ser como el maullido de un gato. Pero yo, por mí misma, no me doy cuenta de nada y siento al cantar un vivo placer. Si él me oye, me imita; dice que mi forma de cantar es algo que está fuera de la música: algo inventado por mí.

De niña maullaba motivos musicales inventados por mí. Era un canturreo plañidero que hacía que se me llenaran los ojos de lágrimas.

No me importa no comprender la pintura, las artes figurativas; pero sufro por no amar la música, porque me parece que mi espíritu sufre por la privación de este amor. Aunque no hay nada que hacer: jamás comprenderé la música, nunca la amaré. Si a veces oigo una música que me gusta, no puedo recordarla; entonces, ¿cómo podría amar una cosa que no soy capaz de recordar?

De una canción recuerdo la letra. Puedo repetir hasta el infinito las letras que me gustan. Repito hasta el motivo que las acompaña, a mi modo, con mi maullido; y, maullando así, siento una especie de felicidad.

Al escribir me parece que sigo una cadencia y un metro musical. Quizá la música estaba muy próxima a mi universo, y mi universo, quién sabe por qué, no la acogió.

En nuestra casa todo el día se está oyendo música. Él tiene todo el día la radio encendida. O pone discos. Yo protesto de vez en cuando, pido un poco de silencio para poder trabajar; pero él dice que una música tan bella ayuda seguramente a cualquier trabajo.

Se ha comprado una cantidad de discos increíble. Dice que posee una de las mejores discotecas del mundo.

Por la mañana, en albornoz, recién salido del baño, goteando, enciende la radio, se sienta a la máquina de escribir y empieza su laboriosa, tempestuosa y ruidosa jornada. Es superabundante en todo: llena la bañera hasta hacerla desbordarse; llena la tetera, y la taza de té, hasta que se salen. Tiene gran número de camisas y de corbatas. Raramente se compra zapatos, sin embargo.

Su madre dice que de niño era un modelo de orden y de precisión; y parece que cierta vez que tenía que atravesar unos regatos llenos de barro, en el campo, un día de lluvia, con botas blancas y traje blanco, al final del paseo estaba inmaculado y sin una mota de barro en el traje o en las botas. Ahora no hay en él huella de aquel niño inmaculado de entonces. Sus trajes están siempre llenos de manchas. Se ha vuelto muy desordenado.

Conserva, no obstante, con puntillo, todos los recibos del gas. En los cajones encuentro recibos del gas viejísimos, recibos de casas abandonadas hace mucho tiempo y que él se niega a tirar.

También encuentro puros toscanos, muy viejos y endurecidos, y boquillas de madera de cerezo.

Yo fumo cigarrillos «Stop», largos, sin filtro. Él, a veces, esos cigarros toscanos.

Yo soy muy desordenada. Pero, al envejecer, me he ido haciendo nostálgica del orden, y de vez en cuando ordeno cuidadosamente los armarios. Creo que me acuerdo de mi madre. Ordeno los armarios de la ropa interior, de las mantas, y, en el verano, cubro cada cajón con telas blancas. Raramente ordeno mis papeles, pues mi madre, como no solía escribir, no tenía papeles. Mi orden y mi desorden están llenos de nostalgia, de remordimientos, de sentimientos complicados. En él, el desorden es triunfante. He decidido que para una persona como él, que estudia, tener la mesa en desorden es legítimo y justo.

Él no mejora en mí la irresolución, la incertidumbre en cada acción, la sensación de culpa. Suele reírse y tomarme el pelo por las más mínimas acciones. Si voy a hacer la compra al mercado, a veces, sin que le vea, me sigue y me espía. Luego me toma el pelo por el modo en que he hecho la compra, por el modo en que he sopesado las naranjas en la mano, eligiendo cuidadosamente, dice él, las peores de todo el mercado; se burla de mí porque

he tardado una hora en hacer la compra, porque he comprado en un puesto las cebollas, en otro el apio, en otro la fruta. Algunas veces hace él la compra para demostrarme que se puede hacer de prisa: lo compra todo en el mismo puesto, sin una vacilación; y logra que le lleven la cesta a casa. No compra apio porque no lo puede aguantar.

Así, a mí me entran más dudas que nunca de si me equivocaré en cada cosa que hago. Pero si una vez descubro que es él quien se equivoca, se lo repito hasta la exasperación. Porque yo a veces soy pesadísima.

Sus enfurecimientos son imprevistos y rebosan como la espuma de la cerveza. Los míos son también imprevistos. Pero los suyos se evaporan en seguida; y los míos, sin embargo, dejan una cola quejumbrosa e insistente, creo que muy pesada, una especie de amargo maullido.

A veces lloro entre los remolinos de su furia; y mi llanto, en vez de hacerle apiadarse y aplacarle, le pone aún más rabioso. Dice que mi llanto es todo comedia; y quizá sea verdad. Porque, en medio de mis lágrimas y de su furia, yo estoy plenamente tranquila.

Por mis dolores reales no lloro jamás.

En tiempos, durante mis enfurecimientos, solía arrojar contra el suelo platos y cacharros. Ahora ya no. Quizá porque he envejecido y mis rabietas son menos violentas; y, además, no me atrevería ahora a tocar nuestros platos, que tengo en gran aprecio, los platos que compramos un día en Londres, en Portobello road.

El precio de estos platos, y de muchas otras cosas que hemos comprado, ha sufrido, en su memoria, una fuerte rebaja. Pues le gusta pensar que ha gastado poco y que ha hecho un buen negocio. Yo sé el precio de ese juego de platos, que fue dieciséis esterlinas; pero él dice que fueron doce. Y lo mismo con el cuadro del Rey Lear, que está en nuestro comedor, un cuadro que él compró también en Portobello y que limpió con cebollas y patatas; ahora dice que pagó por él cierta cifra, y yo recuerdo que fue mucho mayor.

Hace años compró en Standard doce alfombritas para pie de cama. Las compró porque costaban poco y le pareció que debía hacer provisión de ellas; las compró por pura polémica, pues pensaba que yo no sabía comprar nada para la casa. Las alfombritas en cuestión, de estera color orujo, se pusieron en poco tiempo repelentes, de una rigidez cadavérica; colgadas de un alambre en la terraza de la cocina, yo las odiaba. Solía echárselas en cara, como ejemplo de una mala compra; pero él decía que había costado poco, muy poco, casi nada. Tuvo que pasar mucho tiempo para que lograra tirarlas, porque eran muchas y porque, en el momento de tirarlas, me entraba la duda de que pudieran servir como bayetas. Tanto él como yo tenemos una cierta dificultad para tirar las cosas: en mí debe de ser una forma judía de conservación y el fruto de mi gran

irresolución; en él debe de ser una defensa de su falta de parsimonia y de su impulsividad.

Él suele comprar en grandes cantidades bicarbonato y aspirina.

A veces está enfermo de sus misteriosos malestares; no sabe explicar lo que siente; se está en la cama un día, envuelto en la sábana; no se ve de él más que la barba y la punta de su nariz roja. Entonces, se toma bicarbonato y aspirina en dosis para caballo; y dice que yo no le puedo comprender, porque yo estoy siempre bien, soy como esos frailotes robustos que se exponen sin peligro al viento, a la intemperie; él, sin embargo, es fino y delicado, y padece enfermedades misteriosas. A la noche está curado y va a la cocina para cocerse unos tallarines.

De muchacho era bello, delgado, frágil, no tenía aún barba, pero sí largos y mórbidos bigotes; se parecía al actor Robert Donat. Así era hace casi veinte años, cuando le conocí; y llevaba, lo recuerdo, unas camisas escocesas especiales, de franela, elegantes. Me acompañó una tarde, lo recuerdo, a la pensión donde vivía yo entonces; caminamos juntos por Via Nazionale. Yo me sentía ya muy vieja, llena de experiencia y de errores; y él me parecía un muchacho, a mil siglos de distancia de mí. No logro recordar lo que nos dijimos aquella tarde por Via Nazionale; nada importante, supongo; estaba a mil siglos de distancia de mí la idea de que, un día, nos convertiríamos en marido y mujer. Luego nos perdimos de vista; cuando nos volvimos a encontrar, ya no se parecía a Robert Donat, sino más bien a Balzac. Cuando de nuevo volvimos a encontrarnos, seguía llevando camisas escocesas, pero ahora parecían sobre él la indumentaria para una expedición polar; llevaba ya barba, y en la cabeza el arrugado sombrero de lana; todo en él hacía pensar en una próxima partida hacia el Polo Norte. Porque, aun teniendo siempre tanto calor, a menudo se viste como si estuviera rodeado de nieve, de hielo y de osos blancos; o incluso, al contrario, se viste de plantador de café en el Brasil; pero siempre se viste de un modo distinto al resto de la gente.

Si le recuerdo aquel viejo paseo nuestro por Via Nazionale, dice que se acuerda, pero yo sé que miente y que no recuerda nada; y yo a veces me pregunto si éramos nosotros aquellas dos personas que iban, hace casi veinte años, por Via Nazionale; dos personas que conversaron tan amable, tan educadamente, mientras el sol se ponía; que hablaron quizá un poco de todo y de nada; dos amables conversadores, dos jóvenes intelectuales de paseo; tan jóvenes, tan educados, tan distraídos, tan dispuestos a dar el uno del otro un juicio distraídamente benévolo; tan dispuestos a despedirse uno de otro para siempre, aquel atardecer, en aquella esquina.

Segunda parte

El hijo del hombre

Ha pasado la guerra y la gente ha visto derrumbarse muchas casas, y si una vez se sentía tranquila y segura, ahora ya no siente esa seguridad en su casa. Hay algo de lo que no nos curamos, y pasarán los años y no nos curaremos nunca. Quizá tengamos de nuevo una lámpara sobre la mesa y un jarrón con flores y los retratos de las personas queridas, pero ya no creemos en ninguna de estas cosas, pues una vez tuvimos que abandonarlas de improviso o las buscamos inútilmente entre los escombros.

Es inútil creer que podemos curarnos de veinte años como los que hemos pasado. Aquellos de nosotros que hayan sido perseguidos, jamás volverán a tener paz. Un timbrazo nocturno, para nosotros, no puede significar sino la palabra «policía». Y es inútil decirnos y repetirnos a nosotros mismos que tras la palabra «policía» acaso hay ahora amigos a los que podemos pedir protección y ayuda. En nosotros, esa palabra engendra siempre desconfianza y espanto. Si contemplo a mis hijos durmiendo, pienso con alivio que no tendré que despertarlos en plena noche para escapar. Pero no es un alivio pleno y profundo. Siempre me parece que, un día u otro, tendremos que levantarnos de nuevo en plena noche para escapar, dejando a nuestra espalda todo, habitaciones tranquilas, cartas, recuerdos, ropas.

Una vez que se ha sufrido, la experiencia del mal no se olvida ya. Aquel que ha visto derrumbarse las casas, sabe demasiado claramente cuán perecederos son los jarrones con flores, los cuadros, las paredes blancas. Sabe demasiado bien de qué está hecha una casa. Una casa está hecha de ladrillos y cal, y puede derrumbarse. Una casa es algo no muy sólido. Puede derrumbarse de un momento a otro. Más allá de los serenos jarrones con flores, más allá de

las teteras, de las alfombras, de los pavimentos brillantes de cera, está el otro aspecto verdadero de la casa, el aspecto atroz de la casa derrumbada.

No nos curaremos de esta guerra. Es inútil. No seremos jamás gente serena, gente que piensa y estudia y compone su vida en paz. Mirad lo que les han hecho a nuestras casas. Mirad lo que nos han hecho a nosotros. No seremos jamás gente tranquila.

Hemos conocido la realidad en su aspecto más tétrico. Ya no nos produce disgusto. Todavía hay quien se queja del hecho de que los escritores se sirvan de un lenguaje amargo y violento, de que cuenten cosas duras y tristes, de que presenten la realidad en sus términos más desolados.

No podemos mentir en los libros ni en ninguna de las cosas que hacemos. Y acaso sea éste el único bien que nos ha traído la guerra. No mentir y no tolerar que nos mientan los demás. Así somos hoy los jóvenes, así es nuestra generación. Los que son mayores que nosotros están todavía muy enamorados de la mentira, de los velos y máscaras con que se cubre la realidad. Nuestro lenguaje les entristece y les ofende. Nosotros estamos próximos a las cosas en su sustancia. Es el único bien que nos ha dado la guerra, pero sólo nos lo ha dado a los jóvenes. A los que son mayores les ha dado sólo inseguridad y miedo. Y también nosotros, los jóvenes, tenemos miedo, también nosotros nos sentimos inseguros en nuestras casas, pero no estamos inermes frente a este miedo. Tenemos una dureza y una fuerza que los que nos han precedido no conocieron jamás.

Para algunos, la guerra empezó sólo con la guerra, con las casas hundidas y los alemanes; pero, para otros, la guerra comenzó antes, desde los primeros años del fascismo, por lo que esta sensación de inseguridad y de continuo peligro es aún mayor. El peligro, la sensación de que hay que esconderse, la sensación de que hay que dejar de pronto el calor de la cama y de las casas, para muchos de nosotros empezó hace numerosos años. Se insinuó en las diversiones juveniles, nos siguió hasta los bancos de la escuela y nos enseñó a ver enemigos por todas partes. Así ha sido, para muchos de nosotros, en Italia y en otros sitios, y creíamos que algún día podríamos caminar en paz por las calles de nuestras ciudades, pero hoy que quizá podríamos caminar en paz, nos damos cuenta de que no estamos curados de aquel mal. Por eso estamos obligados a buscar siempre nuevas fuerzas, una nueva dureza que oponer a cualquier realidad. Nos vemos empujados a buscar una serenidad interior que no nace de las alfombras ni de los jarrones con flores.

No hay paz para el hijo del hombre. Los zorros y los lobos tienen su guarida, pero el hijo del hombre no tiene dónde apoyar la cabeza. Nuestra generación es una generación de hombres. No es una generación de zorros y de lobos. Cada uno de nosotros tendría muchas ganas de apoyar la cabeza en algo; cada uno de nosotros tendría ganas de una pequeña guarida seca y caliente.

Pero no hay paz para los hijos de los hombres. Cada uno de nosotros, se ha ilusionado alguna vez en su vida con poderse dormir sobre algo, llegar a tener una certeza cualquiera, una fe cualquiera y darle al cuerpo reposo. Pero todas las certezas de entonces nos han sido arrancadas y la fe ya no es algo sobre lo que al fin se pueda dormir.

Y somos gente ya sin lágrimas. Lo que conmovía a nuestros padres ya no nos conmueve en absoluto. Nuestros padres y la gente mayor que a nosotros nos reprocha el modo que tenemos de educar a los niños. Querrían que mintiésemos a nuestros hijos como ellos nos mentían a nosotros. Querrían que nuestros hijos jugaran con muñecos de felpa en graciosos cuartos pintados de rosa, con arbolitos y conejos pintados en las paredes. Querrían que envolviésemos con velos y mentiras su infancia, que mantuviésemos para ellos cuidadosamente oculta la realidad en su verdadera sustancia. Pero nosotros no lo podemos hacer. No podemos hacerlo con los niños a los que hemos despertado de noche y vestido nerviosamente a oscuras para huir o para escondernos, o porque la sirena de alarma desgarraba el aire. No lo podemos hacer con niños que han visto el espanto y el horror en nuestra cara. A estos niños no nos podemos poner a contarles que les hemos encontrado en coles o a decirles de un muerto que se ha marchado para un largo viaje.

Hay un abismo infranqueable entre nosotros y las generaciones anteriores. Sus peligros eran ridículos y sus casas se hundían muy raramente. Terremotos e incendios no eran fenómenos que se produjeran continuamente y para todos. Las mujeres hacían punto, encargaban la comida a la cocinera y recibían a sus amigas en las casas que no se derrumbaban. Todos meditaban, estudiaban y se cuidaban de componer su vida en paz. Eran otros tiempos y quizá se estaba bien. Pero nosotros estamos ligados a nuestra angustia y, en el fondo, nos sentimos contentos con nuestro destino de hombres.

Mi oficio

Mi oficio es escribir, y yo lo conozco bien y desde hace mucho tiempo. Confío en que no se me entenderá mal: no sé nada sobre el valor de lo que puedo escribir. Sé que escribir es mi oficio. Cuando me pongo a escribir me siento extraordinariamente a gusto y me muevo en un elemento que me parece conocer extraordinariamente bien: utilizo instrumentos que me son conocidos y familiares y los siento bien firmes en mis manos. Si hago cualquier cosa, si estudio una lengua extranjera, si intento aprender historia, o geografía, o taquigrafía, o si pruebo a hablar en público, o a hacer punto, o a viajar, sufro y me pregunto continuamente cómo hacen los otros estas mismas cosas, me parece siempre que debe haber una forma buena de hacer estas mismas cosas que los demás conocen y es desconocida para mí. Y me parece que soy sorda y ciega, y siento como una náusea en el fondo de mí. Cuando escribo, por el contrario, no pienso nunca que quizá hay una forma mejor de la que se sirven los otros escritores. Entendámonos: yo sólo puedo escribir historias. Si intento escribir un ensayo de crítica o un artículo para un periódico, de encargo, me va bastante mal. Lo que entonces escribo lo tengo que buscar fatigosamente como fuera de mí. Puedo hacerlo un poco mejor que estudiar una lengua extranjera o hablar en público, pero sólo un poco mejor. Y tengo siempre la sensación de estafar al prójimo con palabras que tomo prestadas o que robo aquí y allá. Y sufro y me siento exiliada. Por el contrario, cuando escribo historias soy como alguien que está en su tierra, por caminos que conoce desde la infancia y entre los muros y los árboles que son suyos. Mi oficio es escribir historias, cosas inventadas o cosas que recuerdo de mi vida, pero, en cualquier caso, historias, cosas en las que no entra la cultura, sino sólo la memoria y la fantasía. Éste es

mi oficio, y lo haré hasta que muera. Estoy muy contenta de este oficio y no lo cambiaría por nada del mundo. Comprendí que era mi oficio hace mucho tiempo. Entre los cinco y los diez años aún dudaba, y un poco imaginaba que podría pintar, otro poco que conquistaría países a caballo y otro poco aún que inventaría nuevas máquinas muy importantes. Pero desde los diez años lo he sabido ya siempre, y estaba atareada a todas horas haciendo novelas y poesías. Todavía tengo aquellas poesías. Las primeras son toscas y con versos equivocados, pero bastante divertidas; y, sin embargo, a medida que pasaba el tiempo iba haciendo poesías cada vez menos toscas, pero cada vez más aburridas y estúpidas. Yo no lo sabía, sin embargo, y me avergonzaba de las poesías torpes, pero las que no eran tan torpes e idiotas me parecían más bonitas, siempre pensaba que un día u otro algún famoso poeta las descubriría y haría que las publicaran, y que escribiría largos artículos sobre mí; imaginaba palabras y frases de estos artículos y, en mi interior, los escribía yo enteros. Pensaba que ganaría el Premio Fracchia. Había oído decir que era un premio para escritores. Como no podía publicar en volumen mis poesías, dado que no conocía entonces a ningún poeta famoso, las volvía a copiar cuidadosamente en un cuaderno y dibujaba una florecita en la portada, y hacía el índice y todo. Me resultaba ya muy fácil escribir poesías. Escribía casi una al día. Me había dado cuenta de que si no tenía ganas de escribir bastaba que leyera poesías de Pascoli, o de Gozzano, o de Corazzini, para que inmediatamente me entraran ganas. Me salían pascolianas, gozzanianas o corazzinianas, y luego, al final, muy dannunzianas, cuando descubrí que existía también este poeta. No obstante, no pensaba nunca que escribiría poesías toda la vida: quería escribir novelas más pronto o más tarde. En aquellos años escribí tres o cuatro. Una se titulaba *Märion o La Gitanilla*, otra *Molly y Dolly* (humorística y policíaca) y otra *Una mujer* (dannunziana, escrita en segunda persona: la historia de una mujer abandonada por el marido; me acuerdo de que había también una cocinera negra), y, más tarde, otra muy larga y complicada con historias terribles de muchachas raptadas y de carrozas, que me daba miedo hasta de escribirlo cuando estaba sola en casa: no recuerdo nada, sólo recuerdo que había una frase que me gustaba muchísimo y que hizo que se me saltaran las lágrimas al escribirla: «Él dijo: ¡Ah! ¡Isabel se va!». El capítulo terminaba con esta frase, que era muy importante, pues la pronunciaba el hombre que estaba enamorado de Isabel, pero que no lo sabía, pues todavía no se lo había confesado a sí mismo. No recuerdo nada de este hombre, me parece que tenía una barba rubia: Isabel tenía largos cabellos negros con reflejos azules, no sé nada más; sólo sé que durante mucho tiempo me daba un escalofrío de alegría cuando repetía para mí la frase: «¡Ah! ¡Isabel se va!» También repetía a menudo una frase que había encontrado en una novela del apéndice del diario «Stampa», frase que decía así: «Asesino de Gilonne, ¿dónde has metido a mi hijo?». Pero de mis novelas no me

sentía tan segura como de mis poesías. Al releerlas descubría en ellas siempre un aspecto débil, algo equivocado que lo estropeaba todo y que me era imposible modificar. Entre tanto, mezclaba un poco lo moderno y lo antiguo, sin lograr situarlas bien en el tiempo: había conventos y carrozas, y un aire de Revolución francesa, y también un poco de policías con porras; y, de pronto, aparecía una pequeña burguesía gris con máquinas de coser y gatos, como se ve en los libros de Carola Prosperi, que no pegaba con las carrozas y los conventos. Vacilaba entre Carola Prosperi y Víctor Hugo y las historias de Nick Carter: no sabía muy bien lo que quería hacer. Me gustaba muchísimo también Annie Vivanti. Hay una frase en los *Devoradores*, cuando ella escribe al desconocido y le dice: «Mi vestido es marrón». También ésta es una frase que he repetido mucho tiempo para mí. Durante el día murmuraba para mí estas frases que me gustaban tanto: «Asesino de Gilonne», «Isabel se va», «mi vestido es marrón», y me sentía inmensamente feliz.

Escribir poesías era fácil. Mis poesías me gustaban mucho, me parecían casi perfectas. No comprendía qué diferencia había entre ellas y las poesías verdaderas, ya publicadas, de los verdaderos poetas. No comprendía por qué cuando se las daba a leer a mis hermanos, soltaban la carcajada y me decían que sería mejor que me pusiera a estudiar griego. Pensaba que quizá mis hermanos no entendían nada de poesía. Y, mientras, tenía que ir a la escuela, y estudiar griego, latín, matemáticas, historia, y sufría mucho y me sentía en exilio. Me pasaba los días escribiendo mis poesías y copiándolas en los cuadernos, y no estudiaba las lecciones, y entonces ponía el despertador a las cinco de la mañana. El despertador sonaba, pero yo no me despertaba. Me despertaba a las siete, cuando ya no tenía tiempo para estudiar y tenía que vestirme para ir a la escuela. No estaba contenta, tenía siempre un miedo tremendo y una sensación de desorden y de culpa. Estudiaba en la escuela: la historia, en la hora del latín; el griego, en la hora de historia, y así siempre, de modo que no aprendía nada. Durante bastante tiempo pensé que valía la pena, porque mis poesías eran muy bonitas, pero un buen día me entró la duda de que no fueran tan bonitas, y empecé a aburrirme al escribirlas, a buscar los temas con esfuerzo, y me parecía que había acabado ya todos los temas posibles, que había usado ya todas las palabras y las rimas: esperanza-lontananza, pensamiento-viento, misterio-cementerio, añoranza-esperanza. No encontraba ya nada que decir. Entonces comenzó un período muy malo para mí, y me pasaba las tardes manoseando palabras que no me daban ya ningún placer, con una sensación de culpa y de vergüenza respecto a la escuela; jamás me pasaba por la cabeza que me hubiera equivocado de oficio: escribir, quería escribir, sólo que no comprendía por qué de pronto los días se me habían hecho tan áridos y pobres de palabras.

La primera cosa seria que escribí fue un relato. Un relato breve, de cinco o seis páginas: me salió como por milagro, en una noche, y cuando me fui a

dormir estaba cansada, aturdida, estupefacta. Tenía la impresión de que era algo serio, lo primero que había hecho hasta entonces: las poesías y las novelas con muchachas y carrozas me parecían de repente muy lejanas, de una época desaparecida para siempre, criaturas ingenuas y ridículas de otra edad. En este nuevo relato había personajes. Isabel y el hombre con la barba rubia no eran personajes: yo no sabía nada de ellos salvo las frases y palabras de que yo me había servido respecto a ellos, y estaban confiados al azar y al capricho de mi voluntad. Las palabras y las frases de que me había servido, con ellos las había cogido casualmente: era como si hubiese tenido un saco y hubiera sacado de él, ahora una barba, luego una cocinera negra o cualquier otra cosa que se pudiera usar. Esta vez, por el contrario, no había sido un juego. Esta vez había inventado personas con nombres que no me habría sido posible cambiar: nada de ellos habría podido cambiar, y sabía una cantidad de detalles suyos, sabía cómo había sido su vida hasta el día de mi relato, aunque en mi relato no había hablado de ella porque no había sido necesario. Y lo sabía todo sobre la casa, sobre el puente, sobre la luna, sobre el río. Tenía diecisiete años entonces, y me habían suspendido en latín, en griego y en matemáticas. Había llorado mucho al saberlo. Pero ahora que había escrito el cuento, sentía un poco menos de vergüenza. Era verano, una noche de verano. La ventana estaba abierta al jardín y volaban mariposas oscuras en torno a la lámpara. Había escrito mi cuento en papel cuadriculado, y me había sentido más feliz que nunca en toda mi vida y rica de pensamientos y de palabras. El hombre se llamaba Maurizio; la mujer, Anna; y el niño se llamaba Villi, y también estaban el puente, la luna y el río. Estas cosas existían en mí. Y el hombre y la mujer no eran ni buenos ni malos, sino cómicos y un poco miserables, y me parecía entonces descubrir que así debía ser siempre la gente en los libros, cómica y miserable a la vez. Aquel cuento me parecía bello lo mirara por donde lo mirara: no había ningún error, todo sucedía a su tiempo, en el momento oportuno. Me parecía ya que podría escribir millones de cuentos.

Y, verdaderamente, he escrito un cierto número de cuentos, a intervalos de uno o dos meses, alguno bastante bello y otros no. Y he descubierto que uno se cansa cuando escribe algo en serio. Es mala señal si uno no se cansa. Uno no puede esperar escribir algo en serio así a la ligera, como con una mano solo, alegremente, sin molestarse apenas. No se puede salir del paso como si tal cosa. Uno, cuando escribe algo serio, se mete dentro de ello, se hunde en ello hasta los ojos; y si tiene sentimientos muy fuertes que inquietan su corazón, si es muy feliz o muy infeliz por alguna razón, digamos terrestre, que no tiene nada que ver con lo que está escribiendo, entonces, si lo que escribe vale y es digno de vivir, cualquier otro sentimiento se adormece en él. No puede esperar conservar intacta y fresca su cara felicidad, o su cara infelicidad; todo se aleja y se desvanece, y se queda sólo con su página, ninguna felicidad y ninguna

infelicidad puede subsistir en él que no esté estrictamente ligada con esta página suya: no posee otra cosa y no pertenece a nada más, y si no le sucede así, entonces es señal de que su página no vale nada.

He escrito, pues, breves cuentos durante un cierto período, un período que ha durado aproximadamente seis años. Como había descubierto que existían los personajes, me parecía que *tener* un personaje bastaba para hacer un cuento. Así, siempre estaba a la caza de personajes, estudiaba a la gente en el tranvía y por la calle, y cuando encontraba una cara que me parecía apropiada para entrar en un cuento, tejía en torno a ella particularidades morales y una pequeña historia. Estaba a la caza también de detalles del vestir y del aspecto de las personas, o de los interiores de las casas, o de los lugares; si entraba en una habitación por primera vez, me esforzaba por describirla mentalmente y me esforzaba por encontrar algún menudo detalle que fuera bien en un cuento. Tenía un cuadernito en el que escribía ciertos detalles que había descubierto o leves comparaciones o episodios que me prometía poner en los cuentos. En el cuadernito, por ejemplo, escribía: «Él salía del baño arrastrando detrás, como una larga cola, el cordón del albornoz»; «¡Cómo apesta el retrete en esta casa! —le dijo la niña—. Cuando vengo, nunca respiro —añadió tristemente»; «Sus rizos como racimos de uvas»; «Mantas rojas y negras sobre la cama deshecha»; «Cara pálida como una patata pelada». Sin embargo, he descubierto que difícilmente estas frases me servían cuando escribía un cuento. El cuadernito se convertía en una especie de museo de frases, todas cristalizadas y embalsamadas, muy difícilmente utilizables. He tratado infinitas veces de meter en algún cuento las mantas rojas y negras o los rizos como racimos de uvas, pero no lo he logrado. El cuadernito, pues, no podía servir. Comprendí, entonces, que en este oficio no existe el ahorro. Si uno piensa: «Este detalle es bonito y no quiero estropearlo en el cuento que estoy escribiendo ahora: aquí ya hay muchas cosas buenas; me lo guardaré para otro cuento que voy a escribir», entonces, ese detalle, se cristaliza en su interior y ya lo puede utilizar. Cuando uno escribe un cuento, debe poner en él lo mejor de lo que posee y de lo que ha visto, lo mejor de todo lo que ha recogido en su vida. Y los detalles se gastan, se deterioran si se llevan con uno sin utilizarlos durante mucho tiempo. No sólo los detalles, sino todo, todos los hallazgos y las ideas. En la época en que escribía mis cuentos breves, con la afición a los personajes bien captados y a los detalles minuciosos, en aquella época vi pasar una vez por la calle un carro que llevaba un espejo, un gran espejo con marco dorado. Se reflejaba en él el cielo verde del atardecer, y yo me paré a mirarlo mientras pasaba, con una gran felicidad y la sensación de que ocurría algo importante. Me sentía muy feliz incluso antes de ver el espejo, y de pronto me pareció que pasaba la imagen de mi propia felicidad, el espejo verde y brillante en su marco dorado. Durante mucho tiempo pensé que lo metería en cualquier cuento, durante mucho

tiempo recordar el carro con el espejo encima despertaba en mí ganas de escribir. Pero jamás he logrado meterlo en nada y, en cierto momento, me di cuenta de que había muerto dentro de mí. Y, sin embargo, ha sido muy importante. Porque en la época en que escribía mis cuentos breves me detenía siempre en personas y cosas grises y tristes, buscaba una realidad despreciable y sin gloria. En ese gusto que entonces tenía de rebuscar menudos detalles había una malignidad por parte mía, un interés ávido y mezquino por las cosas pequeñas, pequeñas como pulgas, había una obstinada y chismosa búsqueda de pulgas por parte mía. El espejo sobre el carro me pareció que me ofrecía nuevas posibilidades, quizá la facultad de mirar una realidad más gloriosa y brillante, una realidad más feliz, que no exigía minuciosas descripciones y hallazgos astutos, sino que podía realizarse en una imagen resplandeciente y feliz.

En esos breves cuentos que escribía entonces había personajes a los que, en el fondo, yo despreciaba. Como había descubierto que es bonito que un personaje sea miserable y cómico, a fuerza de comicidad y de conmiseración los convertía en seres tan despreciables y carentes de gloria que ni siquiera yo podía amarlos. Aquellos personajes míos tenían siempre tics o manías o una deformidad física o un vicio un poco grotesco, tenían un brazo roto y colgado del cuello en un vendaje negro, o tenían orzuelos, o eran balbucientes, o se rascaban el culo al hablar, o cojeaban un poco. Siempre necesitaba caracterizarlos de alguna forma. Era para mí un medio de salvarme del temor de que resultaran inciertos, un medio de captar su humanidad, de la que, inconscientemente, dudaba. Porque entonces no comprendía —pero en la época del espejo sobre el carro empezaba a comprenderlo confusamente— que no se trataba de personajes, sino de marionetas, bastante bien pintadas y parecidas a los hombres de verdad, pero marionetas. Al inventarlos, los caracterizaba inmediatamente, los marcaba con un detalle grotesco, y en esto había algo un tanto malvado, había en mí entonces como un resentimiento maligno respecto a la realidad. No era un resentimiento basado en algo vivo, porque yo era entonces una muchacha feliz, sino que nacía como reacción a la ingenuidad, se trataba de ese particular resentimiento que es la defensa de la persona ingenua, siempre inclinada a creer que le toman el pelo, ese resentimiento del campesino que acaba de llegar a la ciudad y ve ladrones por todas partes. Al principio me sentía orgullosa de él, porque me parecía un gran triunfo de la ironía sobre la ingenuidad y sobre esos abandonos patéticos de la adolescencia que tanto se veían en mis poesías. La ironía y la perversidad me parecían armas muy importantes en mis manos; me parecía que me servían para escribir como un hombre, tenía horror de que se comprendiera que era una mujer por las cosas que escribía. Creaba siempre personajes masculinos, para que estuvieran lo más lejanos y separados de mí que fuera posible.

Había llegado a ser bastante hábil en plantear un cuento, en eliminar de él todas las cosas inútiles, en hacer que los detalles y las conversaciones surgieran en el momento más oportuno. Hacía cuentos secos y lúcidos, bien llevados hasta el final, sin hinchar nada, sin errores de tono. Pero ocurrió que, en un cierto momento, me sentí harta. Las caras de las personas por la calle no me decían ya nada interesante. Unos tenían orzuelos, otros llevaban el sombrero echado hacia atrás, otros llevaban una bufanda en lugar de camisa, pero ya no me importaba nada de todo esto. Estaba harta de mirar a las cosas y a la gente y de describirlas mentalmente. El mundo callaba para mí. No encontraba ya palabras para describirlo, no tenía ya palabras que me produjeran gran placer. No poseía ya nada. Probaba a recordar el espejo, pero hasta esto estaba muerto en mí. Llevaba dentro de mí una carga de cosas embalsamadas, de rostros mudos y palabras de ceniza, de países y voces y gestos que no vibraban, que pesaban, muertos, sobre mi corazón. Y, luego, me nacieron hijos, y, al principio, cuando eran muy pequeños, no lograba comprender cómo se podía hacer para escribir teniendo hijos. No comprendía cómo podría separarme de ellos para seguir a un personaje dentro de un cuento. Había empezado a despreciar mi oficio. De vez en cuando sentía una desesperada nostalgia de él, me sentía exiliada, pero me esforzaba por despreciarlo y ridiculizarlo para ocuparme sólo de los niños. Creía que era esto lo que debía hacer. Me preocupaba de la papilla de arroz, de la papilla de cebada, de si había o no había sol, de si hacía o no hacía viento para llevar a los niños de paseo. Los niños me parecían demasiado importantes para que una se pudiera perder detrás de estúpidas historias, de estúpidos personajes embalsamados. Pero sentía una feroz nostalgia y algunas veces, de noche, casi lloraba recordando lo bonito que era mi oficio. Pensaba que volvería a él algún día, pero no sabía cuándo; pensaba que tendría que esperar a que mis hijos llegaran a hombres y se separaran de mí. Porque el que tenía entonces por mis hijos era un sentimiento que aún no había aprendido a dominar. Pero luego lo aprendí poco a poco. Y no tardé tanto como creía. Todavía preparaba el zumo de tomate y la sémola, pero mientras pensaba en las cosas que iba a escribir. Vivíamos entonces en un pueblo muy bonito, en el sur. Recordaba las calles de mi ciudad, y las colinas, aquellas calles y aquellas colinas se unían a las calles y a las colinas y a los campos del pueblo donde estábamos, y de todo ello nacía una naturaleza nueva, algo que yo podía amar de nuevo. Tenía nostalgia de mi ciudad, y la amaba mucho en el recuerdo, la amaba y comprendía su sentido como quizá no me había ocurrido cuando vivía en ella, y amaba también el pueblo donde estábamos, un pueblo polvoriento y blanco bajo el sol del sur, vastos prados de hierba áspera y seca se extendían bajo mis ventanas, y en el corazón soplaba con fuerza el recuerdo de los paseos de mi ciudad, de los plátanos y de las casas altas, y todo esto empezaba a arder alegremente en mi interior y sentía muchas ganas de escribir. Escribí un relato

largo, el más largo de todos los que había escrito. Empezaba a escribir de nuevo como quien no ha escrito nunca, porque ya hacía mucho tiempo que no escribía, y las palabras estaban como lavadas y frescas, todo era de nuevo como intacto y lleno de sabor y de olor. Escribía por la tarde, cuando mis hijos estaban de paseo con una muchacha del pueblo; escribía con avidez y con alegría, y era un otoño bellísimo y yo me sentía cada día igualmente feliz. En el relato metía algunas personas inventadas y otras reales, del pueblo; y me salían ciertas palabras que allí decían siempre y que yo no sabía antes, ciertas imprecaciones y ciertos modos de decir: y estas nuevas palabras crecían y fermentaban y daban vida también a todas las demás viejas palabras. El personaje principal era una mujer, pero muy, muy diferente de mí. No deseaba ya tanto escribir como un hombre, pues había tenido niños, y me parecía que sabía muchas cosas sobre el jugo de tomate, y también que aunque no las pusiera en el relato, era útil de todas formas para mi oficio el que yo las supiera: de un modo misterioso y remoto hasta esto era útil para mi oficio. Me parecía que las mujeres sabían sobre sus hijos cosas que un hombre no puede saber jamás. Escribía mi relato muy deprisa, como con miedo a que se me escapase. Yo lo llamaba novela, pero quizá no era una novela. Por lo demás, hasta ahora siempre he escrito deprisa y cosas más bien breves: y creo que he llegado a comprender por qué. Porque tengo hermanos mucho mayores que yo y cuando era pequeña, si hablaba en la mesa, siempre me decían que me callara. De esta forma me había acostumbrado a decir siempre las cosas a toda prisa, precipitadamente y con el menor número posible de palabras, siempre con el temor de que los otros empezaran de nuevo a hablar entre sí y dejaran de escucharme. Puede que parezca una explicación un poco estúpida, pero seguramente ha sido así.

He dicho que, entonces, cuando escribía lo que yo llamaba una novela, era una época muy feliz para mí. No había ocurrido nunca nada grave en mi vida, ignoraba la enfermedad, la traición, la soledad, la muerte. Nada se había derrumbado en mi vida, a no ser cosas fútiles, nada caro a mi corazón me había sido arrancado. Había sufrido sólo las ociosas melancolías de la adolescencia y la contrariedad de no saber cómo escribir. Era feliz entonces de un modo pleno y tranquilo, sin miedo y sin ansia, y con una total confianza en la estabilidad y en la consistencia de la felicidad en el mundo. Cuando somos felices, nos sentimos más fríos, más lúcidos y distanciados de nuestra realidad. Cuando somos felices, tendemos a crear personajes muy distintos de nosotros, a verlos a la helada luz de las cosas ajenas, apartamos los ojos de nuestra alma feliz y satisfecha y los fijamos sin caridad en los otros seres, sin caridad, con un juicio burlón y cruel, irónico y soberbio, mientras la fantasía y la energía inventiva actúan con fuerza en nosotros. Con facilidad logramos hacer personajes, muchos personajes, fundamentalmente diversos de nosotros, y logramos hacer historias sólidamente construidas y como secadas a una luz clara y fría. Lo que

nos falta entonces, cuando somos felices con esa especial felicidad sin lágrimas, sin ansia y sin miedo, lo que nos falta entonces es una relación íntima y afectuosa con nuestros personajes, con los lugares y las cosas que contamos. Lo que nos falta es la caridad. Aparentemente, somos mucho más generosos, en el sentido de que encontramos siempre la fuerza para interesarnos por los demás, para prodigar a los demás nuestros cuidados, no nos ocupamos tanto de nosotros mismos porque no tenemos necesidad de nada. Pero ese interés nuestro por los otros tan carente de afectuosidad no capta sino unos pocos aspectos bastante exteriores de su persona. El mundo tiene una sola dimensión para nosotros, está privada de secretos y de sombras, el dolor que nos es desconocido logramos adivinarlo y crearlo en virtud de la fuerza fantástica de que estamos animados, pero lo vemos siempre bajo esa luz estéril y fría de las cosas que no nos pertenecen, que no tienen raíces dentro de nosotros.

Nuestra personal felicidad o infelicidad, nuestra condición *terrestre*, tiene una gran importancia en relación con lo que escribimos. He dicho antes que uno, en el momento en que escribe, es empujado milagrosamente a ignorar las circunstancias presentes de su propia vida. Es así, en efecto. Pero el ser felices o infelices nos lleva a escribir de una u otra forma. Cuando somos felices, nuestra fantasía tiene más fuerza; cuando somos infelices, actúa de modo más vivaz nuestra memoria. El sufrimiento hace a la fantasía débil y perezosa; funciona, pero desganadamente y con languidez, con los débiles movimientos de los enfermos, con el cansancio y la cautela de los miembros dolientes y febriles; nos es difícil apartar la mirada de nuestra vida y de nuestra alma, de la sed y de la inquietud que nos llenan. En las cosas que escribimos afloran entonces continuamente recuerdos de nuestro pasado, nuestra propia voz resuena de continuo y no logramos imponerle silencio. Entre nosotros y los personajes que entonces inventamos, que nuestra fantasía languideciente logra a pesar de todo inventar, nace una relación especial, afectuosa y casi maternal, una relación cálida y húmeda de lágrimas, de una intimidad carnal y sofocante. Tenemos raíces profundas y dolientes en todos los seres y en todas las cosas del mundo, del mundo, que se ha vuelto lleno de ecos y de sobresaltos y de sombras, y nos liga a ellas una devota y apasionada compasión. Nuestro riesgo, entonces, es naufragar en un oscuro lago de agua muerta y estancada y arrastrar con nosotros a las criaturas de nuestro pensamiento, dejarlas perecer con nosotros en el remolino tibio y oscuro, entre ratones muertos y flores putrefactas. Hay un peligro en el dolor, así como hay un peligro en la felicidad, respecto a las cosas que escribimos. Porque la belleza poética es un conjunto de crueldad, de soberbia, de ironía, de ternura carnal, de fantasía y de memoria, de claridad y de oscuridad, y si no logramos obtener todo este conjunto, nuestro resultado es pobre, precario y escasamente vital.

Pero, cuidado: no es que uno pueda esperar consuelo de su tristeza escribiendo. Uno puede hacerse ilusiones de que el propio oficio le acaricie y le acune. Ha habido en mi vida interminables domingos desolados y vacíos, en los que deseaba ardientemente escribir algo para consolarme de la soledad y del aburrimiento, para ser acariciada y acunada por frases y palabras. Pero no ha habido medio de que me saliera una sola línea. Mi oficio, entonces, siempre me ha rechazado, no ha querido saber nada de mí. Porque este oficio no es nunca un consuelo o una distracción. No es una compañía. Este oficio es un amo, un amo capaz de darnos de latigazos hasta que nos salga sangre, un amo que grita y nos condena. Nosotros tenemos que tragarnos saliva y lágrimas, y apretar los dientes, y limpiarnos la sangre de nuestras heridas, y servirle. Servirle cuando él nos lo pide. Entonces, nos ayuda también a mantenernos de pie, a mantener los pies bien firmes en la tierra, nos ayuda a vencer la locura y el delirio, la desesperación y la fiebre. Pero quiere ser él el que mande, y se niega siempre a oírnos cuando le necesitamos.

Me ha sucedido conocer bien el dolor después de aquella época en que estaba en el sur, un dolor auténtico, irremediable, incurable, que ha destrozado toda mi vida, y cuando he probado a recomponerla de algún modo, he visto que mi vida y yo nos habíamos convertido en algo irreconocible respecto al tiempo anterior. Lo único que no había cambiado era mi oficio, pero es profundamente falso decir que él no había cambiado: los instrumentos seguían siendo los mismos, pero el modo en que los usaba era otro. Al principio lo detestaba, me producía horror, pero sabía muy bien que acabaría por volver a servirle y que me salvaría. Así, he llegado a pensar a veces que, al fin y al cabo, no he sido tan desgraciada en mi vida, y soy injusta cuando acuso al destino y le niego toda benevolencia para conmigo, pues me ha dado tres hijos y mi oficio. Por lo demás, no podría ni siquiera imaginar mi vida sin este oficio. Ha estado siempre ahí, ni por un momento me ha dejado jamás, y cuando lo creía dormido, su mirada vigilante y brillante seguía puesta en mí.

Así es mi oficio. Dinero, ya veis que no produce mucho; más aún, siempre hace falta trabajar al mismo tiempo en otro oficio para vivir. A veces también produce un poco, y obtener dinero gracias a él es una cosa muy dulce, es como recibir dinero y regalos de manos del ser amado. Así es mi oficio. Ya he dicho que no sé mucho sobre el valor de los resultados que me ha dado y que podrá darme; o, mejor, de los resultados ya obtenidos conozco su valor relativo, no absoluto, desde luego. Cuando escribo algo, en general pienso que es muy importante y que yo soy un gran escritor. Creo que les pasa a todos. Pero hay un rincón de mi espíritu en el que sé muy bien y siempre lo que soy, es decir, un pequeño, pequeño escritor. Juro que lo sé. Pero no me importa mucho. Sólo que no quiero pensar en nombres: he comprobado que si me pregunto: «un pequeño escritor, ¿como quién?», me entristece pensar en nombres de otros

pequeños escritores. Prefiero creer que ninguno ha sido jamás como yo, por muy pequeño escritor que yo sea, aunque sea una pulga o un mosquito entre los escritores. Lo que es importante, sin embargo, es tener la convicción de que es precisamente un oficio, una profesión, algo que se hará por toda la vida. Pero, como oficio, no es una broma. Hay en él innumerables peligros además de los que he dicho. Estamos continuamente amenazados por graves peligros hasta en el acto mismo de redactar nuestra página. Hay el peligro de ponerse de pronto a coquetear y a cantar. Yo tengo siempre unas ganas locas de ponerme a cantar, y debo mantenerme muy atenta para no hacerlo. Y hay el peligro de estafar con palabras que no existen verdaderamente en nosotros, que hemos encontrado aquí y allá, al azar, fuera de nosotros y que reunimos con habilidad porque hemos llegado a ser bastante vivos. Hay el peligro de ser demasiado vivos y estafar. Es un oficio bastante difícil, ya lo veis, pero es el más bonito que existe en el mundo. Los días y las cosas de nuestra vida, los días y las cosas de la vida de los demás a que nosotros asistimos, lecturas, imágenes, pensamientos y conversaciones: se alimenta de todo esto y crece en nuestro interior. Es un oficio que se nutre también de cosas horribles, come lo mejor y lo peor de nuestra vida, a su sangre afluyen lo mismo nuestros sentimientos buenos que los malos. Se nutre de nosotros y crece en nosotros.

Silencio

He oído *Pelléas et Mélisande*. De música no entiendo nada. Sólo se me ha ocurrido confrontar la letra de los viejos libretos de ópera (Pago con mi sangre — el amor que puse en ti), letras fuertes, sangrientas, pesadas, con la letra de *Pelléas et Mélisande (J'ai froid — ta chevelure)*, letras fugaces, como de agua. Del cansancio, del disgusto por las letras fuertes y sangrientas, ha nacido esta letra de agua, fría, huidiza.

Me he preguntado si no ha sido ése *(Pelléas et Mélisande)* el principio del silencio.

Porque, entre los vicios más extraños y graves de nuestra época, hay que mencionar el silencio. Los que hoy hemos probado a escribir novelas, conocemos el disgusto, la infelicidad que se apodera de uno cuando llega el momento de hacer hablar a personajes entre sí. Durante páginas y páginas, nuestros personajes se intercambian observaciones insignificantes, pero cargadas de una desolada tristeza: «¿Tienes frío?», «No, no tengo frío». «¿Quieres un poco de té?», «No, gracias». «¿Estás cansado?», «No lo sé. Sí, quizá estoy un poco cansado». Nuestros personajes hablan así. Hablan así para engañar al silencio. Hablan así porque no saben ya cómo hablar. Poco a poco van saliendo también las cosas más importantes, las confesiones terribles: «¿Le has matado?», «Sí, le he matado». Arrancadas dolorosamente al silencio, surgen las pocas y estériles palabras de nuestra época, como señales de náufragos, fuegos encendidos entre colinas lejanísimas, débiles y desesperadas llamadas que el espacio se traga.

Entonces, cuando queremos hacer hablar entre sí a nuestros personajes, medimos el profundo silencio que se ha ido adensando poco a poco en nuestro

interior. Comenzamos a callar de niños, en la mesa, ante nuestros padres, que nos hablaban todavía con esas palabras sangrientas y pesadas. Nosotros permanecíamos callados. Estábamos callados por protesta o por desdén. Estábamos callados para hacer comprender a nuestros padres que aquellas grandes palabras suyas no nos servían ya. Nosotros teníamos en reserva otras. Emplearíamos nuestras nuevas palabras más tarde, con personas que las comprendieran. Éramos ricos de nuestro silencio. Ahora estábamos avergonzados y desesperados de él, y conocemos toda su miseria. No nos hemos liberado jamás de él. Aquellas grandes palabras viejas que servían a nuestros padres son monedas fuera de curso y no las acepta ya nadie. Y las palabras nuevas, nos hemos dado cuenta que no tienen valor, de que con ellas no se compra nada. No sirven para establecer relaciones, son como agua, frías, infecundas. No nos sirven para escribir libros, ni para mantener ligada a nosotros a una persona querida, ni para salvar a un amigo.

Entre los vicios de nuestra época, sabido es que está el de la sensación de culpa: se habla y se escribe mucho de ella. Todos la padecemos. Nos sentimos implicados en una historia cada día más sucia. También se ha hablado de la sensación de pánico: todos la padecemos también. La sensación de pánico nace de la sensación de culpa. Y aquel que se siente espantado y culpable, calla.

De la sensación de culpa, de la sensación de pánico, del silencio, cada cual se busca un modo de curarse. Unos se van a hacer viajes. En el ansia de ver países nuevos, gente distinta, está la esperanza de dejar tras de uno los propios turbios fantasmas; está la secreta esperanza de descubrir en algún punto de la tierra la persona que pueda hablar con nosotros. Otros se emborrachan para olvidarse de sus turbios fantasmas y para hablar. Y están, también, todas las cosas que se hacen *para no tener que hablar*: unos se pasan las veladas dormidos en una sala de proyecciones, con una mujer al lado a la que, de esta forma, no están obligados a hablarle; otros aprenden a jugar al bridge; otros hacen el amor, que se puede hacer también sin palabras. Suele decirse que estas cosas se hacen para *engañar el tiempo*: en realidad se hacen para engañar al silencio.

Existen dos especies de silencio: el silencio consigo mismo y el silencio con los demás. Una y otra forma nos hacen sufrir igualmente. El silencio con nosotros mismos está dominado por una violenta antipatía que nos invade hacia nuestro propio ser, por el desprecio hacia nuestra misma alma, tan vil que no merece que le digan nada. Está claro que hay que romper el silencio con nosotros mismos si queremos intentar romper el silencio con los demás. Está claro que no tenemos ningún derecho a odiar a nuestra propia persona, ningún derecho a callar nuestros pensamientos a nuestra alma.

El medio más difundido para liberarse del silencio es ir a que le psicoanalicen a uno. Hablar incesantemente de sí mismo a una persona que escucha, que es pagada para que escuche: poner al descubierto las raíces del

propio silencio; sí, esto quizá puede dar un momentáneo alivio. Pero el silencio es universal y profundo. El silencio volvemos a encontrarlo en cuanto salimos por la puerta de la habitación donde aquella persona, pagada para que escuchara, escuchaba. Volvemos a caer inmediatamente en él. Entonces, aquel alivio de una hora nos parece superficial y trivial. El silencio está sobre la tierra: que se cure de él uno de nosotros por una hora, no sirve para la causa común.

Cuando vamos a que nos psicoanalicen, nos dicen que tenemos que dejar de odiar con tanta fuerza a nuestra propia persona. Pero para liberarnos de este odio, para liberarnos de la sensación de culpa, de la sensación de pánico, del silencio, se nos sugiere vivir de acuerdo con la naturaleza, abandonarnos a nuestro instinto, seguir nuestro puro placer, hacer de nuestra vida una pura elección. Pero hacer de la vida una pura elección no es vivir de acuerdo con la naturaleza, sino vivir contra natura, porque al hombre no le es dado elegir siempre: el hombre no ha elegido la hora de su nacimiento, ni su propio rostro, ni a sus padres, ni su infancia; el hombre, en general, no elige la hora de su muerte. El hombre no puede sino aceptar su propio rostro, del mismo modo que no puede sino aceptar su propio destino; y la única elección que le está permitida es la elección entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, entre la verdad y la mentira. Las cosas que nos dicen aquellos a los que acudimos para que nos psicoanalicen no sirven porque no tienen en cuenta nuestra responsabilidad moral, la única elección que no está permitida en nuestra vida; los que hemos ido a que nos psicoanalicen sabemos muy bien que aquella atmósfera de efímera libertad en la que gozábamos viviendo según nuestro puro placer, era una atmósfera enrarecida, innatural, en definitiva, una atmósfera irrespirable.

En general, este vicio del silencio que envenena nuestra época suele ser expresado con un lugar común: «Se ha perdido el gusto de la conversación». Es la expresión fútil, mundana, de algo verdadero y trágico. Diciendo «el gusto de la conversación», no nombramos nada que nos ayude a vivir; pero lo que nos falta es la posibilidad de una libre y normal relación entre los hombres, y nos falta hasta el punto de que algunos de nosotros se han matado por la conciencia de esta privación. El silencio cosecha sus víctimas día a día. El silencio es una enfermedad mortal.

Nunca como hoy las suertes de los hombres han estado tan estrechamente ligadas entre sí, de tal modo que el desastre de uno es el desastre de todos. Se verifica, pues, este extraño hecho: que los hombres se encuentren estrechamente ligados cada uno al destino del otro, de modo que la caída de uno solo arrastra a otros miles de seres, y al mismo tiempo están todos sofocados por el silencio, incapaces de intercambiarse unas cuantas palabras libres. Por eso —porque el desastre de uno es el desastre de todos— los medios que se nos ofrecen para curarnos del silencio se revelan sin base. Se nos sugiere que nos defendamos

con el egoísmo de la desesperación. Pero el egoísmo no ha resuelto jamás ninguna desesperación. Estamos demasiado habituados incluso a llamar *enfermedades* a los vicios de nuestra alma, y a sufrirlos, a dejarnos dirigir por ellos, o a ablandarlos con jarabes dulces, a curarlos como si fueran enfermedades. El silencio debe ser considerado y juzgado desde un punto de vista moral. No nos es dado elegir ser felices o infelices.

Pero *es preciso* elegir no ser *diabólicamente* infelices. El silencio puede llegar a una forma de infelicidad cerrada, monstruosa, *diabólica*: puede enviciar los días de la juventud, hacer amargo el pan. Puede llevar, como se ha dicho, a la muerte.

El silencio debe ser considerado, y juzgado, desde un punto de vista moral. Porque el silencio, como la pereza y como la lujuria, es un pecado. El hecho de que sea un pecado común de todos nuestros semejantes en nuestra época, de que sea el fruto amargo de nuestra época malsana, no nos exime del deber de reconocer su naturaleza, de llamarlo por su verdadero nombre.

Las relaciones humanas

En el centro de nuestra vida está el problema de nuestras relaciones humanas: apenas nos hacemos conscientes de él, es decir, apenas se nos plantea como un claro problema y no como un confuso sufrimiento, empezamos a buscar sus huellas y a reconstruir su historia a lo largo de toda nuestra vida.

En la infancia, tenemos los ojos fijos, sobre todo, en el mundo de los adultos, oscuro y misterioso para nosotros. Nos parece absurdo porque no comprendemos nada de las palabras que los adultos se cambian entre sí ni el sentido de sus decisiones y acciones, ni las causas de sus cambios de humor, de sus cóleras repentinas. Las palabras que se cambian los adultos entre sí no las comprendemos ni nos interesan; al contrario, nos aburren infinitamente. Nos interesan, sin embargo, sus decisiones, que pueden cambiar el curso de nuestras jornadas, los malhumores, que ensombrecen las comidas y cenas, los portazos imprevistos y el estallido de voces en plena noche. Hemos comprendido que en cualquier momento, de un tranquilo intercambio de palabras puede desencadenarse una tempestad imprevista, con ruidos de puertas y lanzamiento de objetos. Vigilamos, inquietos, el más mínimo matiz violento en las voces que hablan. Ocurre que estamos solos y absortos en un juego, y de improviso se elevan en la casa esas voces de cólera: seguimos jugando mecánicamente, poniendo piedrecitas y hierbas en un montoncito de tierra para hacer una colina; pero, mientras, no nos interesa ya nada aquella colina, sentimos que no podremos ser felices hasta que la paz no haya vuelto a casa; las puertas golpean y nosotros nos sobresaltamos; vuelan palabras rabiosas de una habitación a otra, palabras incomprensibles para nosotros, y no tratamos de comprenderlas ni de descubrir las razones oscuras que las han dictado,

pensamos confusamente que deberá tratarse de razones horribles: todo el absurdo misterio de los adultos pesa sobre nosotros. Tantas veces complica nuestras relaciones con el mundo de nuestros semejantes, de los niños; tantas veces tenemos a nuestro lado un amigo que ha venido a jugar, hacemos con él una colina, y un portazo nos dice que se ha acabado la paz; rojos de vergüenza, fingimos interesarnos mucho por la colina, nos esforzamos por distraer la atención de nuestro amigo de aquellas voces salvajes que resuenan por la casa; con las manos, que de pronto se han vuelto blandas y cansadas, ponemos cuidadosamente palitos en el montón de tierra. Estamos absolutamente seguros de que en casa de nuestro amigo no se discute jamás, no se gritan jamás palabras salvajes; en casa de nuestro amigo todos son educados y tranquilos, discutir es una vergüenza especial de nuestra casa; luego, un día, descubriremos con gran alivio que se discute también en casa de nuestro amigo del mismo modo que en nuestra casa, que se discute quizá en todas las casas de la tierra.

Entramos en la adolescencia cuando las palabras que se cambian los adultos entre sí se nos hacen inteligibles; inteligibles, pero sin importancia para nosotros, porque nos ha llegado a ser indiferente el que en nuestra casa reine o no la paz. Ahora podemos seguir la trama de las disputas domésticas, prever su curso y su duración, y ya no nos asustamos, las puertas golpean y no nos sobresaltamos; la casa no es ya para nosotros lo que era antes, no es ya el punto desde el que miramos todo el resto del universo; es un sitio donde por casualidad comemos y habitamos: comemos de prisa prestando un oído distraído a las palabras de los adultos, palabras que nos son inteligibles, pero que nos parecen inútiles; comemos y escapamos a nuestro cuarto para no oír todas aquellas palabras inútiles; y podemos ser muy felices aunque los adultos en torno a nosotros disputen y estén de morros durante días y días. Todo lo que nos importa no sucede ya entre las paredes de nuestra casa, sino fuera, por la calle y en la escuela: sentimos que no podemos ser felices si en la escuela los otros muchachos nos han despreciado un poco. Haremos cualquier cosa para salvarnos de este desprecio: y hacemos cualquier cosa. Escribimos versitos cómicos para agradar a nuestros compañeros y se los recitamos con muecas grotescas de las que luego nos avergonzamos; coleccionamos palabras sucias para que nos estimen un poco, todo el día estamos a la caza de palabras sucias por los libros y los diccionarios que tenemos en casa; y como nos parece que entre nuestros compañeros tiene éxito una forma de vestir más vistosa y lujosa, en contra de la voluntad de nuestra madre nos esforzamos por insinuar en nuestras ropas sobrias algo más vistoso y vulgar. Confusamente sentimos que si nos desprecian es, sobre todo, por culpa de nuestra timidez; quién sabe, quizá aquel lejano momento en que hacíamos una colina de tierra con nuestro amigo, cuando se oían portazos y resonaban voces salvajes y la vergüenza nos encendía

las mejillas, aquel momento quizá echó en nosotros las raíces de la timidez; y pensamos que tenemos que dedicar toda la vida a liberarnos de la timidez, a aprender a movernos ante la mirada de los demás con la misma soltura y despreocupación que cuando estamos solos. Nuestra timidez se nos aparece como el más grave obstáculo para obtener la simpatía y la aceptación universal, y tenemos hambre y sed de esta aceptación; en nuestras imaginaciones solitarias, nos vemos paseándonos a caballo triunfalmente por las ciudades, entre una multitud que nos aclama y nos adora.

En casa, a aquellos adultos que durante tantos años habían pesado sobre nosotros con su absurdo misterio, los castigamos ahora con un profundo desprecio, con el mutismo y la impenetrabilidad de nuestro rostro; nos han obsesionado durante tantos años con su misterio, que ahora nos vengamos oponiéndoles nuestro misterio, un rostro impenetrable y mudo con ojos de piedra. Y también nos vengamos en los adultos de nuestra casa del desprecio que nos hacen nuestros compañeros. Ese desprecio nos parece que afecta, no a nuestra sola persona, sino a toda nuestra familia, a nuestra condición social, a los muebles y útiles de nuestra casa, a las maneras y costumbres de nuestros padres. De vez en cuando estallan en casa las cóleras de antaño, a lo mejor provocadas por nosotros, por nuestro rostro petrificado; nos asalta un torbellino de palabras violentas, resuenan los portazos, pero no nos sobresaltamos; las puertas golpean ahora por nosotros, contra nosotros, que nos quedamos a la mesa, inmóviles, con una sonrisa soberbia; más tarde, solos en nuestro cuarto, se disolverá de pronto esa sonrisa soberbia nuestra y romperemos a llorar, fantaseando sobre nuestra soledad y sobre la incomprensión de los demás para con nosotros; y sentiremos un extraño placer en derramar lágrimas ardientes, en sofocar contra la almohada los sollozos. Llega entonces nuestra madre, se conmueve a la vista de nuestras lágrimas, nos ofrece llevarnos a tomar un helado o al cine; con los ojos rojos e hinchados, pero de nuevo con el rostro petrificado e impenetrable, nos sentamos junto a nuestra madre ante la mesita de un café comiendo el helado a cucharaditas pequeñísimas; y en torno a nosotros se mueve una multitud de gente que nos parece serena y ligera, mientras que nosotros nos sentimos lo más tétrico, torpe y detestable que hay sobre la tierra.

¿Quiénes son los otros y quiénes somos nosotros?, nos preguntamos. A veces nos pasamos toda una tarde solos en nuestro cuarto, pensando; con una vaga sensación de vértigo, nos preguntamos si los otros existen de verdad o si somos nosotros quienes los inventamos. Nos decimos que, acaso, en ausencia nuestra, todos los demás cesan de existir, desaparecen en un soplo; y, milagrosamente, resurgen, brotados de pronto de la tierra, apenas miramos. ¿No podrá ocurrir, quizá, que un día, al volvernos de improviso, no encontremos nada, ni nadie, asomemos la cabeza sobre el vacío? Entonces no

hay razón, nos decimos, para sentir tanta tristeza por el desprecio de los otros; de los otros, que quizá no existen, que, por tanto, no piensan nada ni de nosotros ni de ellos mismos. Mientras estamos absortos en estos pensamientos vertiginosos, viene nuestra madre para proponernos salir a tomar un helado; y nos sentimos entonces inexplicablemente felices, exageradamente felices por ese helado que estaremos comiendo dentro de un rato; ¿cómo es posible semejante felicidad en nosotros, nos preguntamos, ante la perspectiva de un helado, en nosotros que somos tan adultos en nuestros vertiginosos pensamientos, tan extrañamente perdidos en un mundo de sombras? Aceptamos la propuesta de nuestra madre, pero nos guardamos muy mucho de mostrarle que nos produce un gran placer: con los labios sellados caminamos con ella hacia el café.

Sin dejar de decirnos que los otros quizá no existen, que somos nosotros quienes los inventamos, seguimos sufriendo inexplicablemente por el desprecio que nos demuestran nuestros compañeros de escuela, por la pesadez y la torpeza de nuestra persona, tan digna de desprecio a nuestro propio parecer que da vergüenza: cuando los demás nos hablan, querríamos cubrirnos la cara con las dos manos, tan feo e informe nos parece nuestro rostro; y, no obstante, siempre estamos fantaseando que alguien se enamora de nosotros, nos ve mientras tomamos el helado con nuestra madre en el café, nos sigue a escondidas hasta casa y nos escribe una carta de amor: esperamos esta carta y cada día nos extrañamos profundamente de no haberla recibido todavía; nos sabemos de memoria frases de ella de tantas veces como la hemos murmurado dentro de nosotros; entonces, cuando esta carta haya llegado, tendremos verdaderamente un rico misterio fuera de casa, una historia secreta que se desarrollará toda fuera de casa; porque ya tenemos que confesarnos a nosotros mismos que nuestro misterio es muy poca cosa, que es muy poco lo que se esconde detrás de nuestra frente de piedra, que presentamos a nuestros padres para el beso de la noche; después de ese beso, escapamos a la carrera hacia nuestro cuarto, mientras nuestros padres susurran preguntas recelosas sobre nosotros.

Por la mañana nos vamos a la escuela después de haber contemplado con preocupación en el espejo nuestra cara, que ha perdido la aterciopelada delicadeza de la infancia; pensamos entonces con nostalgia en la infancia, en cuando hacíamos colinas de tierra, y nuestro único dolor era si disputaban en casa; ahora, en casa ya no se disputa tan a menudo, nuestros hermanos mayores se han ido a vivir por cuenta propia, nuestros padres se han hecho más viejos y tranquilos; pero ya no nos importa nada de la casa; caminamos hacia la escuela, solos entre la niebla; cuando éramos pequeños, nuestra madre nos acompañaba a la escuela, nos iba a buscar; ahora vamos solos entre la niebla, somos terriblemente responsables de todo lo que hacemos.

Ama al prójimo como a ti mismo, ha dicho Dios. A nosotros esto nos parece absurdo: Dios ha dicho una cosa absurda, ha impuesto a los hombres una cosa que es imposible realizar. ¿Cómo amar a nuestro prójimo, que nos desprecia y no se deja amar? ¿Y cómo amarnos a nosotros mismos, tan despreciables, pesados y tétricos como somos? ¿Cómo amar a nuestro prójimo, que no es, quizá, más que una multitud de sombras, si Dios nos ha hecho a nosotros, a nosotros solos, y nos ha puesto aquí, sobre una tierra que es una sombra, solos, para que nos alimentemos de nuestros vertiginosos pensamientos? Hemos creído en Dios de niños, pero ahora nos decimos que quizá no existe; o existe y no le importa nada de nosotros, porque nos ha puesto en esta situación cruel, y, entonces, es como si no existiera para nosotros. Y, sin embargo, en la mesa rechazamos un plato que nos gusta, y nos pasamos la noche tumbados sobre la alfombrita de nuestro cuarto para mortificarnos y castigarnos por nuestros pensamientos odiosos y ser gratos a Dios.

Pero Dios no existe, pensamos, tras toda una noche pasada sobre el pavimento, con todos los miembros doloridos, y recorridos por largos estremecimientos de frío y de sueño. Dios no existe, porque no habría podido inventar este mundo absurdo, monstruoso, esta complicada maquinación por la que un ser humano camina solo, de mañana, entre la niebla, rodeado de casas altísimas habitadas por el prójimo, ese prójimo que no nos ama y al que es imposible amar. Y del prójimo forma parte también esa raza monstruosa, inexplicable, que es de un sexo distinto al nuestro, dotada de una terrible facultad de hacernos todo el bien y todo el mal, dotada de un terrible poder secreto sobre nosotros. ¿Podremos gustar nosotros alguna vez a esa raza distinta, nosotros que somos tan despreciados por los compañeros de nuestro mismo sexo, y juzgados tan aburridos e inútiles, tan ineptos y torpes para todo?

Sucede luego que, un día, el más admirado, el más estimado de todos los compañeros de escuela, el primero de la clase, se une con lazos de amistad a nosotros. No sabemos cómo pasa: ha posado sobre nosotros su mirada azul, nos ha acompañado hasta casa un día y ha empezado a estimarnos. Por la tarde viene a nuestra casa a hacer las tareas: tenemos entre las manos el precioso cuaderno del primero de la clase, escrito con su bella caligrafía puntiaguda, en tinta azul: podemos copiar sus tareas, que no tienen ningún error. ¿Cómo nos ha tocado semejante felicidad? ¿Cómo hemos conquistado a este compañero tan soberbio con todos, tan difícil de llegar a él? Ahora se mueve entre las paredes de nuestro cuarto, derramando junto a nosotros su cabellera leonada, tendiendo ante los conocidos objetos de nuestro cuarto su perfil afilado, sembrado de pecas rosadas; y a nosotros nos parece que un raro animal de los trópicos, milagrosamente domesticado, ha venido a nuestro cuarto. Se pasea por nuestro cuarto, nos pregunta la procedencia de los objetos, nos pide prestado algún libro, merienda con nosotros, escupe con nosotros los huesos de las ciruelas

desde la terraza. Nosotros, que éramos despreciados por todos, hemos sido elegidos por el más inalcanzable, por el más inesperado compañero. Para que no se aburra en nuestra compañía y no nos deje para siempre, le hablamos nerviosamente: desembuchamos todo lo que sabemos sobre palabras sucias, películas y deportes. Al quedarnos solos, repetimos incansablemente las sílabas de su bello nombre sonoro; y preparamos mil cosas que le diremos mañana; al día siguiente, probamos a decirle las cosas que habíamos pensado, le contamos todas nuestras cosas, hasta nuestras vertiginosas sospechas de que no existan ni los hombres ni las cosas: él nos mira desconcertado, se ríe, se burla de nosotros un poco. Entonces nos damos cuenta de que nos hemos equivocado, de que de esto no se puede hablar con él, y nos replegamos sobre las palabras sucias y los deportes.

Mientras tanto, en la escuela, nuestra situación ha cambiado de golpe: todos empiezan a estimarnos al vernos tan estimados por el más estimado de los compañeros; ahora, los versitos cómicos que hemos escrito y que recitamos, son acogidos con aplausos y grandes gritos; nuestra voz antes no lograba hacerse oír entre el estruendo de las voces, ahora callan para escuchar cuando nosotros hablamos; ahora nos hacen preguntas, nos cogen del brazo, nos ayudan en las cosas en que somos menos hábiles, en los deportes o en las tareas que no sabemos hacer. El mundo no nos parece ya como una monstruosa maquinación, sino como una islita sencilla y riente, poblada de amigos: por un cambio tan afortunado en nuestra suerte, no le damos las gracias a Dios, porque ahora no pensamos en Dios; nos parece imposible pensar en algo que no sea los rostros de nuestros compañeros alegres en torno a nosotros, el fluir fácil y dichoso de las mañanas, las frases graciosas que hemos dicho y que han hecho reír; y nuestro propio rostro en el espejo no es ya algo tétrico e informe, es el rostro que nuestros compañeros saludan alegremente por la mañana. Sostenidos así por la amistad de los compañeros de nuestro propio sexo, miramos a la otra raza, a las personas de un sexo distinto al nuestro, con menos horror: casi nos parece que podremos pasarnos fácilmente sin esta raza distinta, ser felices sin su aprobación; casi deseamos pasar toda nuestra vida entre estos compañeros de escuela, diciendo frases graciosas y haciéndoles reír.

Luego, poco a poco, entre la multitud de estos compañeros, descubrimos a uno que se siente particularmente contento de estar con nosotros y al que nos damos cuenta de que tenemos infinitas cosas que decirle. No es el primero de la clase, no es muy estimado por los demás, no lleva trajes vistosos; sus trajes son, sin embargo, de una tela fina y caliente, semejantes a los que elige nuestra madre para nosotros; y, caminando con él hacia casa, nos damos cuenta de que sus zapatos son idénticos a los nuestros, fuertes y sencillos, no vistosos y ligeros como los de los otros compañeros: se lo hacemos notar riéndonos. Descubrimos poco a poco que en su casa hay las mismas costumbres que en la nuestra; que se

baña a menudo y que su madre no le permite ir a ver las películas de amor, del mismo modo que no nos lo permite a nosotros la nuestra. Es igual que nosotros; es de nuestra misma condición social. Estamos ya muy cansados de la compañía del primero de la clase, que sigue viniéndonos a ver por la tarde; estamos ya hartos de repetir las mismas palabras sucias, y al primero de la clase le disparamos desdeñosamente los temas que nos interesan, nuestras dudas sobre la existencia, tan desdeñosa y despreocupadamente, y con tanta soberbia, que el primero de la clase no nos comprende bien, pero sonríe tímido: vemos en los labios del primero de la clase una sonrisa tímida y cobarde: tiene miedo de perdernos. Ya no estamos encantados con su mirada azul; ahora, junto al primero de la clase, nos acordamos de los redondos ojos color de avellana del otro compañero, y el primero de la clase se da cuenta y sufre por ello, y nosotros nos sentimos orgullosos de hacerle sufrir: de modo que también nosotros somos capaces de hacer sufrir a alguien.

Con nuestro nuevo amigo de ojos redondos, despreciamos al primero de la clase y a los otros compañeros, tan ruidosos y vulgares, con todas esas palabras sucias que siempre repiten: nosotros ahora queremos ser muy distintos, con nuestro nuevo amigo valoramos a la gente y las cosas desde el punto de vista de la distinción y de la vulgaridad. Descubrimos que es distinguido seguir siendo muchachos lo más posible: con gran alivio de nuestra madre abandonamos todo lo que habíamos introducido de llamativo y vistoso en nuestro vestir; tanto en el vestir como en el trato y en las costumbres buscamos una infantil sencillez. Pasamos tardes extraordinarias con el nuevo amigo; no nos hartamos nunca de hablar y de escuchar. Pensamos con asombro en nuestra breve amistad con el primero de la clase, al que ya hemos dejado de tratar: estar con el primero de la clase era tan fatigoso que al final sentíamos los músculos de la cara rígidos del esfuerzo para reírnos falsamente, y un ardor en los párpados, y un picor en la piel; era fatigoso tener que fingir malicia, tragar confidencias, elegir continuamente entre nuestras palabras las que podían ser destinadas al primero de la clase; estar con el nuevo amigo es un bienestar, no tenemos que fingir nada ni que tragar nada, y dejamos que nuestras palabras fluyan libres. Hasta le confiamos nuestras vertiginosas sospechas respecto a la existencia, y entonces él nos cuenta, asombrado, que tiene también él las mismas sospechas; «pero, ¿tú existes?», le preguntamos, y él jura que existe, y nos sentimos infinitamente contentos.

Lamentamos con nuestro amigo que seamos del mismo sexo, porque nos habríamos casado de haber sido de sexo distinto para poder estar siempre juntos. No habríamos tenido miedo uno del otro, ni vergüenza, ni horror: así, por el contrario, queda sombra sobre nuestra vida, que ya podría ser hasta feliz: el no saber si un día una persona del otro sexo nos podrá amar. Las personas del otro sexo caminan a nuestro lado, nos rozan al pasar por la calle, tienen

quizá pensamientos y designios respecto a nosotros que jamás podremos saber; tienen en su mano nuestro destino, nuestra felicidad. Entre ellas está acaso la persona que nos va bien, que podría amarnos y a la que nosotros podríamos amar, la persona justa para nosotros; pero ¿dónde está?, ¿cómo reconocerla?, ¿cómo hacernos reconocer entre la multitud de la ciudad? ¿En qué casa de la ciudad, en qué punto de la tierra vive la persona justa para nosotros, en todo semejante a nosotros, pronta a responder a todas nuestras preguntas, pronta a escucharnos hasta el infinito sin aburrirse, a sonreír ante nuestros defectos, a vivir para toda la vida con nuestro rostro? ¿Qué palabras tendremos que pronunciar para que nos reconozca entre miles? ¿Cómo tendremos que vestirnos, a qué lugares tendremos que ir para encontrarla?

Atormentados por estos pensamientos, sufrimos de una inmensa timidez en presencia de las personas de un sexo distinto al nuestro, con miedo a que una de ellas sea la persona justa para nosotros y que podamos perderla por una palabra. Pensamos mucho cada palabra antes de pronunciarla, y las pronunciamos de prisa con la voz quebrada: el miedo nos hace tener una mirada oscura y hacer pequeños gestos secos; nos damos cuenta de ello, pero nos decimos que la persona hecha para nosotros tendrá que reconocernos, incluso en aquellos gestos secos y en aquella voz quebrada; si no muestra fijarse en nosotros es porque no es la persona justa; la persona justa nos reconocerá y elegirá entre miles. Esperamos a la persona justa; cada día, al levantarnos por la mañana, nos decimos que aquel puede ser precisamente el día del encuentro; nos vestimos y nos peinamos con infinito cuidado, venciendo el deseo de salir con un viejo impermeable y unos zapatos deformados: la persona justa puede encontrarse en la esquina de la calle. Mil y mil veces nos creemos en presencia de la persona hecha para nosotros: nuestro corazón late tumultuosamente al sonido de un nombre, ante la curva de una nariz o de una sonrisa, sólo porque dentro de nosotros hemos decidido de pronto que aquella es la nariz y el nombre y la sonrisa de la persona hecha para nosotros; un automóvil con las ruedas amarillas, una vieja señora, nos hacen enrojecer impetuosamente, pues creemos que son el automóvil y la madre de la persona justa para nosotros, el automóvil en el que haremos nuestro viaje de boda, la madre que deberá bendecirnos. De pronto nos damos cuenta de que nos hemos equivocado: no era aquella la persona justa, le somos absolutamente indiferentes y no sufrimos por ello porque no tenemos tiempo de sufrir; de pronto, el automóvil de ruedas amarillas, el nombre y la sonrisa se borran y se precipitan entre las mil cosas inútiles que rodean nuestra vida. Pero no tenemos tiempo de sufrir: vamos a ir de veraneo y estamos absolutamente seguros de que en el veraneo encontraremos a la persona justa; nos separamos casi sin dolor de nuestro amigo de ojos redondos, seguros como estamos de que el tren nos llevara a la persona justa; y el amigo, por su parte, está seguro de lo mismo respecto a sí;

quién sabe por qué de repente estamos seguros de que la persona justa la encontraremos en el veraneo. Pasan los largos meses del verano, aburridos y en soledad; escribimos a nuestro amigo cartas interminables; para consolarnos del fallido encuentro registramos cuidadosamente juicios favorables sobre nosotros dados por viejos conocidos de la familia o por viejos parientes y se los transcribimos a nuestro amigo; él, por su parte, nos escribe cartas similares, con juicios favorables sobre su inteligencia o belleza, dados por viejos parientes. En el otoño tenemos que confesarnos a nosotros mismos que no ha sucedido nada de extraordinario; pero no estamos desilusionados, ha llegado el otoño, volvemos a encontrar con animación y placer al amigo y al resto de los compañeros; nos adentramos contentos en el otoño, y la persona justa quizá nos espera en la esquina de la calle.

Luego nos vamos separando de nuestro amigo poco a poco. Le encontramos demasiado aburrido, «burgués»: tiene siempre la manía de la distinción, de la finura. Nosotros, ahora, queremos ser pobres: nos interesamos por un grupo de compañeros pobres, vamos todos los días con orgullo a sus casas sin calefacción. Ahora llevamos nuestro viejo impermeable con orgullo: seguimos contando con encontrar a la persona justa, pero tiene que amar nuestro viejo impermeable, tiene que amar nuestros zapatos deformados, nuestros cigarrillos baratos, nuestras manos enrojecidas y sin guantes. Con nuestro viejo impermeable, caminamos solos, al atardecer, junto a las casas de la periferia: hemos descubierto los suburbios, los letreros de las pequeñas tabernas a lo largo del río, nos paramos absortos ante ciertas tiendas donde están colgadas largas camisas rosa, monos de obreros y calzoncillos color café con leche; nos quedamos encantados ante un escaparate en el que yacen viejas tarjetas postales y viejas horquillas; nos gusta todo lo que es viejo, polvoriento y pobre, andamos a la caza de cosas pobres y polvorientas por la ciudad. Y, mientras, llueve a cántaros sobre nuestro viejo impermeable que deja pasar el agua, sobre nuestra cabeza sin cubrir; no tenemos paraguas, antes de salir con un paraguas nos dejaríamos matar; no tenemos paraguas, ni sombrero, ni guantes, ni dinero para coger el tranvía: todo lo que llevamos en el bolsillo es un pañuelo sucio, cigarrillos arrugados y cerillas de cocina.

De pronto nos hemos dicho que los pobres son el prójimo, que los pobres son el prójimo al que hay que amar. Estamos atentos al paso de los pobres a nuestro lado, espiamos la ocasión de acompañar a un mendigo ciego que tiene que cruzar la calle, de ofrecer nuestro brazo a alguna vieja que ha resbalado en un charco; tímidamente, acariciamos con la punta de los dedos los sucios cabellos de los niños que juegan en las callejas; volvemos a casa empapados de lluvia, tiritando de frío y triunfantes. Nosotros no somos pobres, no pasamos la noche sobre el banco de un parque público, no comemos sopa oscura en un

cacharro de estaño; no somos pobres, pero sólo por azar seremos pobrísimos mañana.

Entre tanto, el amigo al que hemos dejado de tratar sufre por causa nuestra, del mismo modo que ha sufrido el primero de la clase cuando dejamos de ir con él. Nosotros lo sabemos, pero no tenemos remordimiento por ello; al contrario, sentimos una especie de sordo placer, porque si alguien sufre por causa nuestra es señal de que tenemos en nuestras manos la facultad de hacer sufrir, nosotros, que nos habíamos creído durante tanto tiempo tan débiles e insignificantes. No nos entra la duda de que quizá seamos cínicos y malos, porque no nos entra la duda de que también aquel amigo nuestro sea el prójimo, y ni siquiera pensamos que sean el prójimo nuestros padres: el prójimo son los pobres. A nuestros padres los miramos severamente mientras comen buenos alimentos en la mesa iluminada; también nosotros comemos esos buenos alimentos, pero pensamos que es un azar y que ello será así por muy poco tiempo: dentro de poco no tendremos más que un poco de pan moreno y un cacharro de estaño.

Un día encontramos a la persona justa.

Nos quedamos indiferentes, porque no la hemos reconocido; paseamos con la persona justa por las calles de la periferia, vamos adquiriendo poco a poco la costumbre de pasear juntos todos los días. De vez en cuando, distraídos, nos preguntamos si no estaremos quizá paseando con la persona justa; pero creemos que no. Estamos demasiado tranquilos; ni la tierra ni el cielo han cambiado; los minutos y las horas fluyen sosegadamente, sin redobles profundos de nuestro corazón. Nos hemos equivocado ya tantas veces, tantas veces nos hemos creído en presencia de la persona justa, y no lo era. Y en presencia de aquellas falsas personas justas, caíamos arrastrados por un tumulto tan impetuoso que casi nos faltaba la fuerza de pensar: nos encontrábamos viviendo como en el centro de un pueblo incendiado: árboles, casas y objetos ardían en torno nuestro. Y luego, de golpe, el fuego se apagaba, no quedaban sino unas brasas tibias; a nuestras espaldas, los pueblos incendiados son tantos que ya no podemos ni contarlos. Ahora no arde nada en torno a nosotros. Durante semanas y meses pasamos los días con la persona justa sin saberlo; sólo a veces, cuando nos quedamos solos, pensando en esa persona, en la curva de sus labios, en ciertos gestos suyos o inflexiones de voz, y al pensarlo sentimos un pequeño sobresalto en el corazón; pero no hacíamos caso de un sobresalto tan pequeño, tan sordo. Lo raro, con esta persona, es que nos sentimos siempre muy a gusto y en paz, con una respiración sosegada, con la frente que durante tantos años había estado tan arrugada y sombría, despejada de pronto; y no nos cansamos de hablar ni de escuchar. Nos damos cuenta de que jamás hemos tenido una relación semejante a esta con ningún ser humano; todos los seres humanos nos parecían al poco tiempo tan inofensivos, tan sencillos y pequeños; esta persona, mientras anda a nuestro lado con su

paso distinto del nuestro, con su severo perfil, posee una infinita facultad de hacernos todo el bien y todo el mal. Y, sin embargo, nosotros estamos infinitamente tranquilos.

Y dejamos nuestra casa, y nos vamos a vivir con esta persona para siempre, no porque nos hayamos convencido de que es la persona justa; al contrario, no estamos en absoluto convencidos de ello, y seguimos teniendo la sospecha de que la verdadera persona justa para nosotros se esconde en algún sitio ignorado de la ciudad. Pero no tenemos ganas de saber dónde se esconde: sentimos que ya tendríamos poco que decirle, porque se lo decimos todo a esta persona, quizá no la justa, con la que ya vivimos; y el bien y el mal de nuestra vida queremos recibirlo de esta persona y con ella. Entre nosotros y esta persona, de vez en cuando, estallan violentos contrastes, y, sin embargo, no logran romper esa paz infinita que está en nosotros. Al cabo de muchos años, sólo al cabo de muchos años, una vez que entre nosotros y esta persona se ha tejido una densa red de costumbres, de recuerdos y de violentos contrastes, sabremos, al fin, que era verdaderamente la persona justa para nosotros, que no habríamos soportado a otra, que sólo a ella le podemos pedir todo lo que nuestro corazón necesita.

Ahora, en la nueva casa a la que hemos ido a vivir y que es nuestra, no queremos ya ser pobres, al contrario, tenemos un poco de miedo de la pobreza: sentimos un extraño afecto por los objetos que nos rodean, por una mesa o una alfombra, nosotros, que volcábamos siempre la tinta sobre las alfombras de nuestros padres; este nuevo afecto nuestro por una alfombra nos preocupa un poco, sentimos un poco de vergüenza por él; aún vamos de vez en cuando de paseo por las calles del suburbio, pero al volver a casa nos limpiamos con cuidado en la esterilla los zapatos embarrados; y sentimos un placer nuevo en sentarnos en casa, bajo la lámpara, con los postigos cerrados a la ciudad oscura. No tenemos ya muchas ganas de amigos, porque todos nuestros pensamientos se los contamos a la persona que vive con nosotros, mientras comemos juntos la sopa a la mesa iluminada; a los otros nos parece que no vale la pena contarles nada.

Nos nacen hijos, y crece en nosotros el miedo a la pobreza; más aún, crecen en nosotros miedos infinitos a cualquier posible peligro o sufrimiento que pueda herir a nuestros hijos en su carne mortal. Nuestra misma carne, nuestro mismo cuerpo, en el pasado no lo habíamos sentido jamás como frágil y mortal: estábamos dispuestos a lanzarnos a las más imprevistas aventuras, siempre dispuestos a partir para los lugares más lejanos, entre los leprosos y los caníbales; cualquier perspectiva de guerras, de epidemias o de catástrofes cósmicas nos dejaba por completo indiferentes. No sabíamos que hubiera en nuestro cuerpo tanto miedo, tanta fragilidad; jamás habíamos sospechado que pudiéramos sentirnos tan ligados a la vida por un vínculo de miedo, de ternura desgarradora. ¡Qué fuerte y libre era nuestro paso cuando caminábamos solos,

hasta el infinito, por la ciudad! Mirábamos con gran conmiseración a las familias, a los padres y madres de paseo, lentamente, con los cochecitos de los niños el domingo por los paseos: nos parecían algo aburrido y triste. Ahora somos nosotros una de esas familias, caminamos lentamente por los paseos, empujando el cochecito; y no estamos tristes, al contrario, estamos felices acaso, pero con una felicidad que nos es difícil reconocer, por el pánico en que estamos de poderla perder de un momento a otro para siempre: ¡el niño en el cochecito que empujamos es tan pequeño, tan débil, y el amor que nos une a él es tan doloroso, tan asustadizo! Tenemos miedo de un soplo de viento, de una nube en el cielo: ¿no empezará a llover? ¡Nosotros, que hemos aguantado tanta lluvia, con la cabeza descubierta, metiendo los pies en los charcos! Ahora tenemos un paraguas. Y nos gustaría tener también un paragüero en casa, en el recibidor; se apoderan de nosotros los deseos más extraños, deseos que jamás habríamos supuesto que podríamos tener cuando íbamos solos y libres por la ciudad; queremos un paragüero y perchas, sábanas, toallas, un hornillo portátil, una nevera. Ya no buscamos la periferia; vamos por los paseos, entre villas y jardines; cuidamos de que a nuestros hijos no se les acerque la gente demasiado sucia y pobre por temor a los piojos y a las enfermedades; nos apartamos de los mendigos.

Amamos a nuestros hijos de una forma tan dolorosa, tan asustadiza, que nos parece que no hemos tenido jamás otro prójimo, que jamás podremos tener otro. Estamos todavía poco habituados a la presencia de nuestros hijos sobre la tierra; estamos todavía sorprendidos y conmocionados por su aparición en nuestra vida. No tenemos ya amigos: o, mejor, en los pocos amigos que tenemos, pensando en seguida con odio si nuestro niño está enfermo, nos parece casi que es culpa suya, por el hecho de que en su compañía nos hemos distraído de ese único y desgarrador cariño; no tenemos ya vocación; teníamos una vocación, un oficio que apreciábamos, y ahora, en cuanto le prestamos la menor atención nos sentimos culpables, volvemos precipitadamente a ese único cariño desgarrador; un día de sol, un paisaje verde, para nosotros significa tan sólo que nuestro niño podrá ponerse moreno al sol o jugar sobre la hierba; por nuestra parte, hemos perdido ya toda capacidad de goce o de contemplación. Lanzamos sobre las cosas una mirada recelosa y nerviosa; miramos para ver si hay clavos roñosos, escarabajos, peligros para nuestro niño. Quisiéramos vivir en países limpios y frescos, con animales limpios y habitantes amables; el salvaje universo que nos atraía, ya no nos atrae.

¡Y qué estúpidos nos hemos vuelto!, pensamos con nostalgia, a veces, contemplando la cabeza de nuestro niño, que nos es tan familiar, más familiar que ninguna otra cosa en el mundo jamás, mirándole mientras está sentado y hace una colina de tierra con sus manos gordezuelas. ¡Qué estúpidos nos hemos vuelto y qué pequeños y torpes son nuestros pensamientos! Tan pequeños que

podrían caber en una cáscara de avellana y, sin embargo, tan fatigosos, tan sofocantes. ¿Dónde ha ido el salvaje universo que nos atraía, nuestra fuerza y el ritmo vivo y libre de nuestra juventud, el osado descubrimiento de las cosas día a día, nuestra mirada resuelta y gloriosa, nuestro paso triunfante? ¿Dónde está ahora el prójimo para nosotros? ¿Dónde está ahora Dios? Dios: sólo nos acordamos de hablarle cuando nuestro niño está enfermo; entonces le decimos que haga que se nos caigan a todos los dientes, todos los pelos, pero que se cure nuestro niño. En cuanto el niño está curado, olvidamos a Dios: tenemos aún dientes y cabellos, y volvemos a nuestros pequeños pensamientos torpes y fatigosos: clavos roñosos, escarabajos, prados frescos, papillas de harina. Nos hemos vuelto hasta supersticiosos: continuamente tocamos madera, estamos sentados trabajando, escribiendo, y de pronto tocamos madera, nos levantamos para encender y apagar la lámpara por tres veces, pues de improviso nos hemos dicho que sólo esto podrá salvarnos de la desventura. Nos negamos al dolor: lo sentimos venir y nos escondemos detrás de los sillones, detrás de las cortinas, para que no nos encuentre.

Pero, entonces, llega el dolor para nosotros. Lo habíamos esperado, y sin embargo no lo reconocemos en seguida; no lo llamamos en seguida por su nombre. Aturdidos e incrédulos, confiando que todo se podrá remediar, bajamos la escalera de nuestra casa, cerramos la puerta para siempre, y caminamos interminablemente por carreteras polvorientas. Nos sigue, y nosotros nos escondemos; nos escondemos en los conventos y en los bosques, en los graneros y en los callejones, en las bodegas de los barcos y en los sótanos. Aprendemos a pedir ayuda al primero que pasa, sin saber si es un amigo o un enemigo, si querrá ayudarnos o nos traicionará; pero no tenemos elección, y por un instante le confiamos nuestra vida. Aprendemos también a prestar ayuda al primero que pasa. Y siempre guardamos en nosotros la confianza de que dentro de poco, dentro de unas horas o unos días, volveremos a nuestra casa con las alfombras y las lámparas; seremos acariciados y consolados; nuestros hijos se sentarán a jugar con un delantal limpio, con zapatillas rojas. Dormimos con nuestros hijos en las estaciones, en las gradas de las iglesias, en las posadas de los pobres; somos pobres, pensamos sin ningún orgullo; va desapareciendo poco a poco en nosotros toda huella de orgullo infantil. Tenemos hambre de verdad y frío de verdad. No sentimos ya miedo: el miedo ha penetrado en nosotros, es ya una misma cosa con nuestro cansancio; es la mirada árida y olvidadiza que lanzamos a las cosas.

Sólo a ratos, desde el fondo de nuestro cansancio, sube a nosotros la consciencia de las cosas, tan punzante que hace que se nos salten las lágrimas: quizá miramos la tierra por última vez. Jamás hemos sentido con tanta fuerza el amor que nos une al polvo de los caminos, a los altísimos gritos de los pájaros, a ese ritmo jadeante de nuestra respiración; pero nos sentimos más fuertes que

ese ritmo jadeante, lo sentimos en nosotros tan sordo, tan lejano, como si no fuera ya nuestro; jamás hemos amado tanto a nuestros hijos, su peso entre nuestros brazos, la caricia de sus cabellos en nuestras mejillas, y, sin embargo, no sentimos ya miedo ni siquiera por nuestros hijos: decimos a Dios que los proteja si quiere. Le decimos que haga lo que quiera.

Ahora somos verdaderamente adultos, pensamos una mañana, mirando en el espejo nuestro rostro arrugado, demacrado, mirándolo sin ningún orgullo, sin ninguna curiosidad, con un poco de misericordia. De nuevo tenemos un espejo entre cuatro paredes; quién sabe, quizá dentro de poco tendremos también otra vez una alfombra, una lámpara acaso. Pero hemos perdido a las personas más queridas, ¿qué nos importan ya las alfombras, las zapatillas rojas? Aprendemos a reponer y custodiar los objetos de los muertos, a volver solos a los lugares donde habíamos estado con ellos; a preguntar y a oír en torno nuestro el silencio. No tenemos ya miedo de la muerte; miramos a la muerte cada hora, cada minuto, recordando su gran silencio en el rostro más querido.

Ahora somos verdaderamente adultos, pensamos y nos sentimos extrañados de que ser adultos sea esto, y no verdaderamente todo lo que de niños habíamos creído, la seguridad en sí mismo, una serena posesión sobre todas las cosas de la tierra. Somos adultos porque tenemos a nuestras espaldas la presencia muda de las personas muertas, a las que pedimos un juicio sobre nuestro comportamiento actual, a las que pedimos perdón por las pasadas ofensas; quisiéramos arrancar de nuestro pasado tantas palabras crueles nuestras, tantos gestos crueles que hemos hecho cuando temíamos a la muerte, sí; pero no habíamos comprendido lo irreparable que es, lo sin remedio que es la muerte; somos adultos por todas las mudas respuestas, por todo el mudo perdón de los muertos que llevamos dentro de nosotros. Somos adultos por ese breve momento que un día nos ha tocado vivir, cuando hemos mirado como por última vez todas las cosas de la tierra, y hemos renunciado a poseerlas, las hemos restituido a la voluntad de Dios; y, de pronto, las cosas de la tierra se nos han aparecido en su justo puesto bajo el cielo, y así también los seres humanos, y nosotros mismos, suspendidos mirando desde el único puesto justo que nos es dado: seres humanos, cosas y memorias, todo se nos ha aparecido en su justo puesto bajo el cielo. En ese breve momento hemos encontrado un equilibrio en nuestra vida vacilante; y nos parece que podremos siempre recuperar ese momento secreto, buscar en él las palabras para nuestro oficio, nuestras palabras para el prójimo; mirar al prójimo con una mirada siempre justa y libre, no con la mirada temerosa o despreciativa de quien siempre se pregunta, en presencia del prójimo, si será su amo o su siervo. Nosotros, en toda nuestra vida, no hemos sabido ser más que amos o siervos; pero en ese momento secreto nuestro, en ese momento de pleno equilibrio, hemos sabido que no hay verdadero señorío ni verdadera servidumbre sobre la tierra. Así, ahora,

volviendo a ese momento secreto nuestro, miraremos en los demás si les ha tocado ya vivir un momento idéntico o si todavía están lejos de él; es esto lo que importa saber. En la vida de un ser humano, es el momento más alto; y es necesario que estemos con los demás teniendo los ojos puestos en el momento más alto de su destino.

Con asombro, nos damos cuenta de que, siendo adultos, no hemos perdido nuestra antigua timidez frente al prójimo: la vida no nos ha ayudado en absoluto a liberarnos de la timidez. Somos tímidos todavía. Sólo que ya no importa: nos parece que nos hemos ganado el derecho a ser tímidos: somos tímidos sin timidez, atrevidamente tímidos. Tímidamente, buscamos las palabras justas en nosotros. Nos alegramos tanto de encontrarlas, de encontrarlas con timidez, pero sin esfuerzo, nos alegramos de tener tantas palabras en nosotros, tantas palabras para el prójimo, que estamos como embriagados de facilidad, de naturalidad.

Y la historia de las relaciones humanas no está jamás acabada en nosotros; porque poco a poco, sucede que se nos van haciendo demasiado fáciles, demasiado naturales y espontáneas las relaciones humanas: tan espontáneas, tan sin esfuerzo que no son ya riqueza, ni descubrimiento, ni elección, son sólo costumbres y complacencia, embriaguez de naturalidad. Nosotros creemos siempre que podemos volver a ese momento secreto nuestro, que siempre podemos sacar de él palabras justas; pero no es cierto que siempre podamos volver a él, pues muchas veces los nuestros son falsos retornos: encendemos con una luz falsa nuestros ojos, simulamos solicitud y calor para el prójimo, y en realidad estamos de nuevo contraídos, encogidos y helados sobre la oscuridad de nuestro corazón. Las relaciones humanas deben descubrirse de nuevo, reinventarse, cada día. Debemos recordar siempre que toda clase de encuentro con el prójimo es una acción humana y, por consiguiente, es siempre mal o bien, verdad o mentira, caridad o pecado.

Somos ya tan adultos, que nuestros hijos adolescentes empiezan a mirarnos con ojos de piedra; sufrimos por ello, aun sabiendo perfectamente lo que es esa mirada, aun recordando perfectamente que nosotros hemos tenido una mirada idéntica. Sufrimos por ello y nos lamentamos, susurramos preguntas recelosas, aun sabiendo perfectamente ya cómo se desarrolla la larga cadena de las relaciones humanas, su larga parábola necesaria, todo el largo camino que nos toca recorrer para llegar a tener un poco de misericordia.

Las pequeñas virtudes

En relación con la educación de los hijos, pienso que se les debe enseñar, no las pequeñas virtudes, sino las grandes. No el ahorro, sino la generosidad y la indiferencia respecto al dinero; no la prudencia, sino el valor y el desprecio del peligro; no la astucia, sino la franqueza y el amor a la verdad; no la diplomacia, sino el amor al prójimo y la abnegación; no el deseo del éxito, sino el deseo de ser y de saber.

Solemos hacer, sin embargo, lo contrario: nos apresuramos a enseñar el respeto por las pequeñas virtudes, basando en ellas todo nuestro sistema educativo. Elegimos, de este modo, el camino más cómodo; por que las pequeñas virtudes no encierran ningún peligro material, antes bien, resguardan de los golpes de la fortuna. Olvidamos enseñarles las grandes virtudes y, no obstante, las amamos, y queremos que nuestros hijos las tengan; pero confiamos en que broten espontáneamente de su ánimo, algún día futuro, considerándolas de naturaleza instintiva, mientras que las otras, las pequeñas, nos parecen el fruto de una reflexión y de un cálculo, y, por eso, pensamos que deben ser absolutamente enseñadas.

En realidad, la diferencia es sólo aparente. También las pequeñas virtudes provienen de lo más profundo de nuestro instinto, de un instinto de defensa; pero en ellas la razón habla, sentencia, diserta, abogado brillante de la incolumidad personal. Las grandes virtudes brotan de un instinto en el que la razón no habla, un instinto al que me sería difícil dar un nombre. Y lo mejor de nosotros está en ese mudo instinto, y no en nuestro instinto de defensa, que argumente, que sentencia, que diserta con la voz de la razón.

La educación no es más que una cierta relación que establecemos entre nosotros y nuestros hijos, un cierto clima en que florecen los sentimientos, los instintos, los pensamientos. Ahora bien, yo creo que un clima todo inspirado en el respeto por las pequeñas virtudes, hace madurar insensiblemente para el cinismo, o para el miedo a vivir. Las pequeñas virtudes, en sí mismas, no tienen nada que ver con el cinismo, ni con el miedo a vivir; pero, todas juntas, y sin las grandes, engendran una atmósfera que lleva a esas consecuencias. No es que las pequeñas virtudes sean, en sí mismas, despreciables, pero su valor es de orden complementario, no sustancial; no pueden estar solas sin las otras, y solas, sin las otras, son un pobre alimento para la naturaleza humana. El modo de ejercitar las pequeñas virtudes, en medida moderada y cuando sea del todo indispensable, el hombre puede encontrarlo en torno a sí y beberlo del aire; porque las pequeñas virtudes son de un orden bastante común y difundido entre los hombres. Pero las grandes virtudes, no se respiran con el aire, y deben ser la sustancia prima de nuestra relación con nuestros hijos, el primer fundamento de la educación. Además, lo grande puede contener a lo pequeño, pero lo pequeño, por ley de naturaleza, no puede en modo alguno contener a lo grande.

No sirve que tratemos de recordar e imitar, en las relaciones con nuestros hijos, las maneras que nuestros padres emplearon con nosotros. La época de nuestra juventud y de nuestra infancia no era una época de pequeñas virtudes: era una época de fuertes y sonoras palabras que, sin embargo, iban perdiendo poco a poco su sustancia. Ésta de ahora es una época de palabras quedas y frías, bajo las cuales quizá vuelve a aflorar el deseo de una reconquista. Pero es un deseo tímido, y lleno de miedo al ridículo. Por eso nos revestimos de prudencia y de astucia. Nuestros padres no conocían ni la prudencia ni la astucia; no conocían el miedo al ridículo; eran inconsecuentes e incoherentes, pero no se daban cuenta jamás de ello; se contradecían continuamente, pero jamás admitían haberse contradicho. Usaban con nosotros una autoridad que nosotros seríamos por completo incapaces de usar. Con la fuerza de sus principios, que creían indestructibles, reinaban con poder absoluto sobre nosotros. Nos ensordecían con palabras tronantes; no era posible el diálogo, porque en cuanto sospechaban que no tenían razón, nos ordenaban callar; daban puñetazos sobre la mesa haciendo temblar la habitación. Nosotros recordamos ese gesto, pero no seríamos capaces de imitarlo. Podemos enfurecernos, gritar como lobos; pero, en el fondo de nuestros gritos de lobo hay un sollozo histérico, un ronco balido de cordero.

Nosotros, pues, no tenemos autoridad: no tenemos armas. La autoridad, en nosotros, sería una hipocresía y un engaño. Somos demasiado conscientes de nuestra debilidad, demasiado melancólicos e inseguros, demasiado conscientes de nuestros defectos: hemos mirado demasiado a nuestro fondo y hemos visto

en nosotros demasiadas cosas. Y como no tenemos autoridad, tenemos que inventar otra relación.

Hoy que el diálogo se ha hecho posible entre padres e hijos —posible aunque siempre difícil, siempre cargado de prevenciones recíprocas, de recíprocas timideces e inhibiciones—, es necesario que nos revelemos, en este diálogo, tal como somos: imperfectos, confiando en que ellos, nuestros hijos, no se nos parezcan, sean más fuertes y mejores que nosotros.

Como todos estamos agobiados, de una u otra forma, por el problema del dinero, la primera pequeña virtud que se nos ocurre enseñar a nuestros hijos es el ahorro. Les regalamos una hucha, y les explicamos lo bonito que es guardar el dinero en vez de gastarlo, de modo que, al cabo de unos meses, haya mucho, un buen puñado de dinero; y lo bonito que es resistir a las ganas de gastarlo, para poder comprar, al final, algún objeto de valor. Recordamos que, en nuestra infancia, nos regalaron una hucha igual; pero olvidamos que el dinero, y el gusto de guardarlo, era en tiempos de nuestra infancia menos horrible y sucio que hoy; porque el dinero, a medida que pasa el tiempo, se va haciendo más sucio. La hucha, pues, es nuestro primer error: hemos instalado, en nuestro sistema educativo, una pequeña virtud.

Esa hucha de barro de aspecto inocuo, con forma de pera o de manzana, habita durante meses y meses en el cuarto de nuestros hijos y ellos se habitúan a su presencia; se habitúan al placer de introducir, día a día, el dinero por la ranura; se habitúan al dinero custodiado allí dentro, que crece allí, en el secreto y la oscuridad, como crece una semilla en el seno de la tierra; se aficionan al dinero, primero con inocencia, como se aficionan a todas las cosas que crecen gracias a nuestro celo, sean plantas o animalitos; y siempre ansiando ese costoso objeto visto en un escaparate, y que será posible comprar, como nosotros les hemos dicho, con el dinero así ahorrado. Cuando, al fin, la hucha se rompe y el dinero se gasta, los niños se sienten solos y desilusionados: ya no está el dinero en el cuarto, custodiado en el vientre de la manzana, y tampoco está la rosada manzana; en su lugar está un objeto largamente ansiado en un escaparate, y del que nosotros les hemos hecho apreciar la importancia y el valor, pero que, ahora, en el cuarto, parece gris y sin gracia, marchito después de tanta espera y de tanto dinero. De esta desilusión, los niños no le echarán la culpa al dinero, sino al objeto mismo; porque el dinero perdido conserva, en la memoria, todas sus lisonjeras promesas. Los niños pedirán una nueva hucha y más dinero para guardar; y pondrán en el dinero pensamientos y cuidados que es malo se pongan en él. Preferirán el dinero a las cosas. No es malo que hayan sufrido una desilusión; lo malo es que se sientan solos sin la compañía del dinero.

No debemos enseñar a ahorrar; debemos habituar a gastar. Debemos dar a menudo a los niños un poco de dinero, pequeñas cantidades sin importancia, invitándoles a gastarlas en seguida y como les plazca, siguiendo un

momentáneo capricho; los niños se comprarán cualquier bagatela, que olvidarán en seguida, como olvidarán también en seguida el dinero gastado tan de prisa y sin reflexionar, y al que no se habrán aficionado. Al ver en sus manos esas bagatelas, que se romperán en seguida, los niños se quedarán un poco desilusionados, pero olvidarán rápidamente tanto esa desilusión y las bagatelas como el dinero; más aún, asociarán el dinero con algo momentáneo y estúpido, y pensarán que el dinero es estúpido, como es justo que se piense en la infancia.

Es justo que los niños vivan, en los primeros años de su vida, ignorando lo que es el dinero. A veces, esto es imposible, si somos demasiado pobres; otras veces es difícil, porque somos demasiado ricos. Sin embargo, cuando somos muy pobres, cuando el dinero está estrechamente ligado con un hecho de supervivencia cotidiana, con una cuestión de vida o muerte, entonces se traduce inmediatamente ante los ojos de un niño en comida, en carbón o en ropas, que no tiene ocasión de dañar su espíritu. Pero si somos de en medio, ni ricos ni pobres, no es difícil dejar que un niño viva, durante su infancia, sin saber bien lo que es el dinero y sin preocuparse de él en absoluto. Pero, no obstante, es necesario, ni demasiado pronto ni demasiado tarde, romper esta ignorancia; y si tenemos dificultades económicas, es necesario que nuestros hijos, ni demasiado pronto ni demasiado tarde, sean puestos al corriente de ellas; del mismo modo que es justo que, llegado cierto momento, compartan con nosotros nuestras preocupaciones, nuestros motivos de alegría, nuestros proyectos, y todo lo que se refiere a la vida familiar. Y habituándolos a considerar el dinero familiar como una cosa que pertenece a nosotros y a ellos en igual medida, y no más a nosotros que a ellos, o al contrario, podremos también invitarlos a ser sobrios, a vigilar el dinero que gastan; y, de este modo, la invitación al ahorro no es ya respeto por una pequeña virtud, no es abstracta invitación a tener respeto por una cosa que no merece respeto en sí misma, como es el dinero, sino que es recordarles a los niños que en casa no hay mucho dinero, es invitarlos a sentirse adultos y responsables frente a una cosa que pertenece lo mismo a nosotros que a ellos, una cosa no especialmente bella ni agradable, pero seria, porque está ligada a nuestras necesidades cotidianas. Pero ni demasiado pronto ni demasiado tarde: el secreto de la educación está en adivinar los tiempos.

Ser sobrios con nosotros mismos y generosos con los demás: esto quiere decir tener una relación justa con el dinero, ser libres frente al dinero. Y no hay duda de que, en las familias donde el dinero es ganado y rápidamente gastado, donde corre como límpida agua de fuente y, prácticamente, no existe como dinero, es menos difícil educar a un niño en semejante equilibrio, en semejante libertad. Las cosas se hacen más complicadas donde el dinero existe, y existe pesadamente, agua densa y estancada que exhala fermentos y olores. Los niños advierten en seguida la presencia en la familia de este dinero, potencia escondida, de la que no se habla jamás en términos claros, pero a la cual los

padres aluden, con una plomiza fijeza en los ojos, con un pliegue amargo en los labios; dinero que no es sencillamente depositado en el cajón del escritorio, sino que crece en algún lugar ignorado, y que podría de un momento a otro ser reabsorbido por la tierra, desaparecer sin remedio para siempre, tragándose a la familia y a la casa. En semejantes familias, los niños son continuamente advertidos de que gasten con parsimonia, todos los días la madre los invita a tener cuidado y a ahorrar cuando les entrega la calderilla para el tranvía; y en la mirada de la madre está esa densa preocupación y en su frente esa arruga profunda que siempre tiene cuando surge el tema del dinero; está el oscuro espanto de que todo el dinero se disuelva en la nada, y de que incluso esa calderilla pueda significar el primer polvillo de un derrumbamiento súbito y mortal. Los niños de semejantes familias, no raramente van a la escuela con ropas gastadas y zapatos viejos, y tienen que suspirar largo tiempo, a veces en vano, por una bicicleta o por una máquina fotográfica, objetos que algunos de sus compañeros, sin duda más pobres, poseen desde hace tiempo. Y cuando luego les es regalada la bicicleta que desean, el regalo va acompañado, sin embargo, por la severa recomendación de no romperlo, de no prestarle a nadie un objeto tan de lujo y que ha costado tanto dinero. Las llamadas a la economía, en la casa, son perennes e insistentes: hay orden de comprar los libros de escuela usados, y los cuadernos de los baratos. Esto ocurre en parte porque los ricos a menudo son avaros, y porque se creen pobres; pero, sobre todo, porque las madres, en las familias ricas, más o menos inconscientemente, tienen miedo a las consecuencias del dinero y tratan de proteger contra ellas a los hijos creando en torno suyo una ficción de costumbres sencillas, incluso habituándolos a pequeñas privaciones. Pero no hay error peor que hacer vivir a un niño en semejante contradicción: el dinero habla por todas partes en la casa, su lenguaje es inconfundible, está presente en las porcelanas, en los muebles, en la pesada vajilla de plata, está presente en los cómodos viajes, en los fastuosos veraneos, en los saludos del portero, en las ceremonias de los criados; está presente en las conversaciones de los padres, es la arruga en la frente del padre, la densa perplejidad de la mirada materna; el dinero está en todas partes, intocable, porque quizá es espantosamente frágil, es algo sobre lo que no se permite bromear, un fúnebre dios al que no se puede uno dirigir sino con un susurro; y para honrar a este dios, para no molestar su luctuosa inmovilidad, hay que llevar el abrigo del año pasado, que se ha quedado estrecho, hay que estudiar las lecciones en libros desencuadernados y rotos, hay que divertirse con la bicicleta del campesino.

Si queremos educar a nuestros hijos, siendo ricos, en costumbres sencillas, debe quedar bien claro que todo el dinero ahorrado usando semejantes costumbres es gastado sin parsimonia para otras personas. Semejantes costumbres tienen un sentido sólo si no son avaricia o temor, sino libre elección,

en medio de la riqueza, de la sencillez. Un niño de familia rica no aprende la sobriedad porque le hagan llevar prendas viejas o porque le hagan comer para la merienda manzanas verdes o porque se le prive de una bicicleta que desea desde hace mucho tiempo; esa sobriedad en medio de la riqueza es una pura ficción, y las ficciones son siempre antieducativas. De esta forma sólo aprenderá la avaricia y el miedo al dinero. Privándole de una bicicleta que desea y que podemos comprarle, no haremos sino frustrarle en una cosa legítima para un niño, no haremos sino que su infancia sea menos alegre en nombre de un principio abstracto, sin justificación real. Y, tácitamente, afirmaremos ante él que el dinero es mejor que una bicicleta, cuando, por el contrario, es necesario que él sepa que una bicicleta es siempre mejor que el dinero.

La verdadera defensa de la riqueza no es el miedo a la riqueza, a su fragilidad y a las viciosas consecuencias que puede tener; la verdadera defensa de la riqueza es la indiferencia respecto al dinero. Para educar a un niño en esta indiferencia, no hay otra forma que darle dinero para gastar, cuando se tiene dinero, para que así aprenda a separarse de él sin enojo ni dolor. Se me observará que, de esta forma, un niño se habitúa a tener dinero para gastar, y no podrá pasarse ya sin él; y si el día de mañana no es rico, ¿cómo se las arreglará? Pero es más fácil no tener dinero cuándo hemos aprendido a gastarlo, cuando hemos aprendido cómo se vuela de las manos; es más fácil pasarse sin él cuando lo hemos conocido bien, que no cuando le hemos dedicado, en la infancia, reverencias y temores, cuando hemos sentido su presencia en torno y no se nos ha permitido alzar la mirada para mirarle a la cara.

En cuanto nuestros hijos empiezan a ir a la escuela, nosotros les prometemos dinero de premio si estudian mucho. Esto es un error. De esta forma mezclamos el dinero, que es algo sin nobleza, con una cosa meritoria y digna como es el estudio y el placer del conocimiento. El dinero que les damos a nuestros hijos se lo debemos dar sin motivo; debería serles dado con indiferencia, para que aprendan a recibirlo con indiferencia; y debería serles dado, no para que aprendan a amarlo, sino para que aprendan a no amarlo, a comprender su verdadero carácter y su impotencia para satisfacer los deseos más auténticos, que son los del espíritu. Elevando el dinero a la función de premio, de punto de llegada, de objetivo a alcanzar, le damos un puesto, una importancia, una nobleza que no debe tener a los ojos de nuestros hijos, Afirmamos implícitamente el principio —falso— de que el dinero es la coronación de un esfuerzo y su término final. Por el contrario, el dinero debería ser concebido como el salario de un esfuerzo: no su término final, sino su salario, es decir, su legítimo crédito; y es evidente que los esfuerzos escolares de los niños no pueden tener un salario. Es un error menor —pero error, al fin— ofrecer dinero a los hijos a cambio de pequeños servicios domésticos, de pequeñas ayudas. Es un error porque nosotros no somos, para nuestros hijos,

dadores de trabajo: el dinero familiar es tan suyo como nuestro; esos pequeños servicios, esas pequeñas ayudas, no deberían tener compensación, deberían ser voluntaria colaboración a la vida familiar. Y, en general, creo que se debe ser muy cautos en prometer y dar premios y castigos. Porque la vida raramente tendrá premios y castigos; en general, los sacrificios no tienen premio alguno, y a menudo las malas acciones no son castigadas, sino, al contrario, espléndidamente retribuidas en éxito y dinero. Por eso es mejor que nuestros hijos sepan desde la infancia que el bien no recibe recompensa ni el mal recibe castigo, y que, no obstante, es preciso amar el bien y odiar el mal; y de esto no es posible dar ninguna explicación lógica.

Al rendimiento escolar de nuestros hijos solemos darle una importancia totalmente infundada. Y también esto no es sino respeto por la pequeña virtud del éxito. Debería bastarnos que no se quedaran demasiado retrasados respecto a los otros, que no los suspendieran en los exámenes; pero nosotros no nos contentamos con esto; exigimos de ellos el éxito, queremos que den satisfacciones a nuestro orgullo. Si van mal en la escuela, o simplemente, no tan bien como nosotros pretendemos, inmediatamente alzamos entre ellos y nosotros la barrera del descontento constante; adoptamos con ellos el tono de voz enfadado y quejumbroso de quien lamenta una ofensa. Entonces, nuestros hijos, aburridos, se alejan de nosotros. O bien los secundamos en sus protestas contra los maestros que no los han comprendido, y adoptamos con ellos el papel de víctimas de una injusticia. Y día a día les corregimos las tareas, más aún, nos sentamos junto a ellos cuando hacen las tareas, estudiamos con ellos las lecciones. En verdad, la escuela debería ser desde el principio, para un niño, la primera batalla que tiene que afrontar solo, sin nosotros; desde el principio debería estar claro que la escuela es un campo de batalla suyo, en el que nosotros no podemos prestarle sino una ayuda totalmente ocasional e irrisoria. Y si en él sufre injusticias o es incomprendido, es necesario darle a entender que no tiene nada de extraño, pues en la vida tenemos que esperar ser continuamente incomprendidos y mal conocidos y ser víctimas de injusticias; y lo único que importa es no cometer injusticias nosotros mismos. Los éxitos o fracasos de nuestros hijos los compartimos con ellos porque los queremos, pero del mismo modo y en igual medida que ellos comparten, a medida que se van haciendo mayores, nuestros éxitos o fracasos, nuestras alegrías o preocupaciones. Es falso que ellos tengan el deber, ante nosotros, de ser buenos en la escuela y de entregar al estudio lo mejor de su talento. Su deber ante nosotros es, puesto que los hemos encaminado en los estudios, el de seguir adelante en ellos, simplemente. Si lo mejor de su talento quieren emplearlo, en lugar de en la escuela, en otra cosa que los apasiona, coleccionar coleópteros o estudiar la lengua turca, eso es cosa suya, y no tenemos ningún derecho a reprochárselo, a mostrarnos ofendidos en nuestro orgullo, frustrados en una

satisfacción. Si lo mejor de su talento no parece querer emplearlo por ahora en nada, y se pasan los días ante la mesa masticando una pluma, ni siquiera en este caso tenemos derecho a gritarles demasiado; quién sabe, acaso lo que a nosotros nos parece ocio es, en realidad, fantasía y reflexión que mañana darán frutos. Si lo mejor de sus energías y de su talento parece que lo despilfarran tumbados en un diván leyendo novelas estúpidas, o enloquecidos en un campo jugando al fútbol, ni aun así podemos saber si verdaderamente se trata de despilfarro de las energías y del talento, o si incluso esto, el día de mañana, de una forma que ahora ignoramos, dará sus frutos. Pues las posibilidades del espíritu son infinitas. Pero no debemos dejarnos dominar, nosotros, los padres, por el pánico ante el fracaso. Nuestros reproches deben ser como ráfagas de viento o de tempestad: violentos, pero inmediatamente olvidados; nada que pueda oscurecer la naturaleza de nuestras relaciones con nuestros hijos, nada que pueda enturbiar la limpidez y la paz. Si un fracaso les duele a nuestros hijos, nosotros estamos para consolarlos; estamos para darles ánimo, si los ha mortificado un fracaso. Estamos también para hacerles bajar la cabeza si un éxito los ha hecho soberbios. Estamos para reducir la escuela a sus humildes y angostos confines; no es nada que pueda hipotecar su futuro, sino una simple oferta de instrumentos, entre los cuales quizá es posible elegir uno del que se valgan el día de mañana.

Lo que debemos tener en nuestro corazón, mientras educamos, es que a nuestros hijos no les falte jamás el amor a la vida. Puede adoptar diversas formas, y a veces un niño desganado, solitario y esquivo no carece de amor a la vida, ni está oprimido por el miedo de vivir, sino, sencillamente, está en situación de espera, entregado a prepararse a sí mismo para la propia vocación. ¿Y qué es la vocación de un ser humano, sino la más alta expresión de su amor a la vida? Nosotros, entonces, debemos esperar, junto a él, a que su vocación se despierte, a que tome cuerpo. Su actitud puede parecerse a la del topo o la lagartija, que permanecen inmóviles fingiéndose muertos, pero, en realidad, olfatean y espían el rastro del insecto, sobre el que se arrojan de un salto. Junto a él, pero en silencio y un poco apartados, debemos esperar el salto de su espíritu. No debemos pretender nada; no debemos pedir o esperar que sea un genio, un artista, un héroe o un santo; y, sin embargo, debemos estar dispuestos a todo; nuestra espera y nuestra paciencia debe contener la posibilidad del más alto y del más modesto destino.

Una vocación, una pasión ardiente y exclusiva por algo que no tenga nada que ver con el dinero, la consciencia de poder hacer algo mejor que los demás, y amar este algo por encima de todo, es la única posibilidad, para un niño rico, de no ser condicionado en nada por el dinero, de ser libre frente al dinero, de no sentir, entre los demás, ni el orgullo de la riqueza ni su vergüenza. No se fijará ni siquiera en las prendas que lleva, en los trajes que le rodean, y mañana será

capaz de cualquier privación, porque la única hambre y la única sed serán, en él, su pasión misma, que habrá devorado todo lo que es fútil y provisional, que le habrá despojado de toda costumbre o actitud adquirida en la infancia, y reinará sola sobre su espíritu. La única verdadera salud y riqueza del hombre es una vocación.

¿Qué posibilidades tenemos de despertar y estimular, en nuestros hijos, el nacimiento y el desarrollo de una vocación? No tenemos muchas, y, sin embargo, quizá tengamos alguna. El nacimiento y desarrollo dé una vocación requiere espacio, espacio y silencio, el libre silencio del espacio. La relación que surge entre nosotros y nuestros hijos debe ser un intercambio vivo de pensamientos y sentimientos, y, sin embargo, debe contener profundas zonas de silencio; debe ser una relación íntima, y, sin embargo, no mezclarse violentamente con su intimidad; debe ser un justo equilibrio entre silencio y palabras. Debemos ser importantes para nuestros hijos, pero no demasiado importantes; debemos gustarles un poco, pero no demasiado, para que no se les meta en la cabeza llegar a ser idénticos a nosotros, copiarnos el oficio que hacemos, o buscar, en los compañeros que se eligen para toda la vida, nuestra imagen. Debemos estar con ellos en una relación de amistad; y, sin embargo, no debemos ser demasiado amigos suyos, para que no les resulte difícil tener verdaderos amigos a los que les puedan decir cosas que a nosotros nos callan. Su búsqueda de amigos, su vida amorosa, su vida religiosa, su búsqueda de una vocación, es necesario que estén cercadas de silencio y de sombra, que se desarrollen al margen de nosotros. Se me dirá que, entonces, nuestra intimidad con nuestros hijos se reduce a bien poca cosa. Pero en nuestras relaciones con ellos todo esto debe estar contenido someramente, lo mismo la vida religiosa que la vida de la inteligencia, la vida afectiva que el juicio sobre los seres humanos; debemos ser para ellos un simple punto de partida, ofrecerles el trampolín desde el que darán el salto. Y debemos estar allí para ayudar, si hace falta una ayuda; deben saber que no nos pertenecen, pero que nosotros sí les pertenecemos, siempre estamos disponibles, presentes en el cuarto de al lado, dispuestos a responder como sepamos a toda posible pregunta, a toda demanda.

Y si nosotros mismos tenemos una vocación, si no la hemos traicionado, si hemos continuado a través de los años amándola, sirviéndola con pasión, podemos mantener alejados de nuestro corazón, en el amor que sentimos por nuestros hijos, el sentido de la propiedad. Si, por el contrario, no tenemos vocación, o si la hemos abandonado o traicionado, por cinismo o por miedo a vivir, o por un mal entendido amor paterno, o por cualquier pequeña virtud que se ha instalado en nosotros, entonces nos agarramos a nuestros hijos como un náufrago al tronco de un árbol, pretendemos vivazmente de ellos que nos restituyan todo lo que hemos dado, que sean absolutamente y sin fallo tal como

nosotros queremos que sean, que obtengan de la vida todo lo que a nosotros nos ha faltado; acabamos por pedirles todo lo que puede darnos solamente nuestra propia vocación; queremos que sean en todo obra nuestra, como si, por haberlos procreado una vez, pudiéramos continuar procreándolos a lo largo de toda la vida. Queremos que sean en todo obra nuestra, como si se tratase, no de seres humanos, sino de obras del espíritu. Pero si nosotros mismos tenemos una vocación, si no hemos renegado de ella o la hemos traicionado, entonces podemos dejarles germinar tranquilamente fuera de nosotros, rodeados de la sombra y del espacio que requiere el brote de una vocación, el brote de un ser. Ésta es la única posibilidad real que tenemos de resultarles de alguna ayuda en la búsqueda de una vocación: tener una vocación nosotros mismos, conocerla, amarla y servirla con pasión, porque el amor a la vida engendra amor a la vida.